

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 22 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XL.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,036.

SUMARIO.

El doctor Horteloup; grabado. — **Revista española**. — **Insurrección del Ferrol**; grabado. — **Teófilo Gautier**; grabado. **Revista de París**. — **Poesías**. — **Servicio llamado de las Pompas fúnebres en París**; grabado. — **Crepúsculo**, composición de K. Bodmer; grabado. — **¿Qué hará de ello?** — **Actualidades parisienses**, por Bertall; grabados. — **El columpio de Cham-el-Nezim**; grabado. — **Cuentos de Hoffmann**. — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **El aniversario del Bourget**; grabado.

te de la Sociedad central de los médicos de Francia.

El doctor Horteloup fué durante largo tiempo médico de cámara del rey Luis Felipe. Caballero de la Legión de Honor en 1835, ascendió á oficial en 1865, en recompensa de su celo en tiempo del cólera.

La ciencia debe al doctor Horteloup un notable estudio sobre el garrotillo en los adultos, y muchas Memorias muy estimadas. Su obra en la organización hospitalaria es considerable, y ella le asegura el respeto y la gratitud que nunca faltan á los verdaderos filántropos, como justa recompensa de una vida de desinterés y de celo.

D. L.

Revista española.

Causas de que la novela esté en baja. — Sucesos dramáticos. — Las fiestas del Pilar. — Una romería. — Novedades teatrales. — Libros nuevos. — Sucesos varios. — Anécdotas. — Un regalo.

Desde hace algun tiempo ha decaído la afición á las novelas que antes hacían la delicia de los desocupados, con los crímenes, resurrecciones, escalamientos y demás horrores de la literatura.

Algunos editores se han reunido y han conferenciado para estudiar las causas de esta decadencia.

Francamente, no concibo cómo no lo han descubierto cuando está á la vista, y los lectores que tienen la amabilidad de fijar sus ojos en mis artículos, lo comprenderán perfectamente.

No hay revista que no dé cuenta de alguna insurrección, de tres ó cuatro ó cinco crímenes, de inundaciones, de desgracias de todos géneros.

¿Puede darse una novela mas peripatética que la que ofrece la vida contemporánea de mi país? ¿Cómo han de leer en las apartadas aldeas las ficciones de la imaginación, cuando todos los días llevan á los honrados y pacíficos vecinos de los pueblos los periódicos de todos los matices, noticias que están pidiendo á voz en grito una lámina con mucho almazarrón?

La causa de la decadencia del género consiste en que se ha escapado de la novela para vivir en la vida pública, y si no, vamos á cuentas.

El mes de octubre se inauguró con el incendio de la octava maravilla, del magnífico monasterio del Escorial. A los pocos días hay una ruidosa manifestación de todos los que tienen tiendas, contra el arbitrio, ideado por el Ayuntamiento para hacer dinero, sobre las puertas y escaparates.

Poco despues estalla una insurrección republicana en el Ferrol; aun no extinguida, corren rumores alarmantes de que va á ser incendiada la casa de un ministro, y se toman todas las precauciones para evitarlo.

En todo el mes cuentan Vds. lo menos media docena de alarmas, ó lo que es lo mismo, media docena

El doctor Horteloup.

Acaba de fallecer una de las principales notabilidades del cuerpo médico de París. El doctor Horteloup ha muerto de repente, cuando todos sus amigos le creían completamente curado de una grave operación que había debido sufrir hace algun tiempo.

B. J. F. Horteloup nació en Dieppe el 1° de enero de 1801. Despues de haber hecho estudios literarios con nota de sobresaliente en el colegio Enrique IV, se entregó á su vocación por la medicina, dando así á la vez satisfacción á la independencia de su carácter y á su naturaleza filantrópica por la humanidad doliente.

Interno en los hospitales, pasó brillantemente sus exámenes de doctor en 1831, y obtuvo por oposición el empleo de médico de los hospitales de París. Estuvo agregado á los establecimientos de Bicetre, Sainte-Perrine, Necker y Lariboisiere, y despues pasó al Hotel Dieu, donde contribuyó, de 1849 á 1867, á formar varias generaciones de jóvenes médicos atraídos por su enseñanza y por su benevolencia y afabilidad de carácter.

Sus colegas los médicos de los hospitales quisieron dar al doctor Horteloup una muestra ostensible de su estimación, y le eligieron representante del Cuerpo medical en el seno del consejo de vigilancia de la administración general de la Asistencia pública. Finalmente, el venerable médico del Hotel Dieu obtuvo en sus últimos días el título mas honroso que pudo imaginar, siendo nombrado, el año último, presiden-



EL DOCTOR HORTELOUP.

de noches en las que los oficiales de la guarnición han tenido que dormir en los cuarteles.

¿Pueden inspirar interés, al lado de estos sucesos, los amores de una Isabel cualquiera con un Carlos, la oposición de un tutor á los planes amorosos de su pupila, la muerte y la resurrección varias veces de un negro ó de un mulato y los demás episodios que constituyen la guardaropía de la novela que ha engendrado el romanticismo?

Por fortuna, de todos estos cataclismos vamos saliendo bien. La manifestación terminó arrojando la primera piedra al alcalde constitucional, moliendo á palos á un artillero que quiso defender el principio de autoridad y rompiendo alguna que otra costilla á los municipales encargados de conservar el orden; los insurrectos del Ferrol capitularon; el incendio de la casa del ministro no se llevó á efecto, y la *octava maravilla* pudo ser arrebatada á las llamas y proporcionó á la empresa del ferro-carril del Norte algunas ganancias, pues que lo quieran Vds. creer ó no, dispuso trenes de recreo para ver el monasterio incendiado. La industria no tiene entrañas.

En la actualidad se reparan á toda prisa los desperfectos que ocasionó el incendio, y satisfechos los buenos católicos por haber salvado de la ruina este grandioso monumento de la fe, han podido asistir con el alma tranquila á una solemnidad que hará época en los fastos de la Iglesia española.

Aludo á la magnífica fiesta con que se ha celebrado este año el día de Nuestra Señora del Pilar en la victa Zaragoza.

Terminadas las obras de aquel grandioso templo, han sido consagradas y bendecidas por un delegado de Su Santidad.

Para tan solemne acto acudieron á Zaragoza varios obispos, y uno de ellos, el de la Habana, tuvo ocasión de demostrar una vez mas desde la cátedra del Espíritu Santo la inmensa sabiduría y la inagotable fe que resplandece en su evangélica figura.

Seguro estoy de que en los hermosos países donde va á parar este semanario, hay personas en cuyo corazón halla eco el nombre santísimo de la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Pilar. A los que se encuentran en este caso, interesará ciertamente la descripción de los trabajos que se han llevado á cabo en el templo, y se la ofrezco con el mayor gusto:

« Empezaron las obras, dice la Memoria, en 1863, en virtud de una manda de 800,000 reales, recibida de una persona piadosa de Madrid, á la que el cabildo añadió 361,032 reales. Construyéronse las diez puertas de nogal, seis grandes y cuatro pequeñas, todas talladas, que forman juego con las de la santa capilla; la parte de decorado que se ve desde el altar mayor hasta la nave de detrás del coro, y que desde el embaldosado llega á la parte superior del cornisamento, extendiéndose por los intrados de los arcos de los machones.

En 8 de mayo de 1864 se celebró una gran reunión á la que asistieron todas las personas notables de Zaragoza, comisionados del Cabildo, Ayuntamiento, Diputación, Universidades, etc., y se acordó continuar á todo trance las obras del templo. Al efecto se nombró una Junta que las ha realizado con notable acierto.

La suscripción se hizo general en todo el reino, de suerte que en unos dos meses ascendían ya los donativos á mas de millon y medio de reales. Entonces fué cuando se nombró una sub-comisión facultativa para que diera dictámenes sobre los trabajos que debían emprenderse, y al efecto se presentó una Memoria-proyecto acompañada de un modelo en madera de pino, forrado con tela, para la transformación de las cuatro bóvedas por arista del recinto exterior del coro catedral, manifestándose en el oficio de remisión, que se empezaba el estudio del proyecto de la cúpula principal. En 8 de setiembre de 1864, el rey Don Francisco de Asís inauguró las obras en la capilla de Santa Cristina, dividiéndose estas en dos grandes grupos interiores y exteriores, aprobando el proyecto la real Academia de San Fernando.

Once cúpulas se proyectaron para el templo del Pilar, cuatro rodeando la de la santa capilla, y otras cuatro la que está en el coro, descollando la principal sobre el presbiterio.

Existían únicamente las cinco del primer grupo y la que se alza sobre el coro, faltando por consiguiente las cinco restantes. En 2 de mayo de 1866 empezó á construirse la cúpula hasta descubrir los arcos torales, los cuales reforzados lo propio que los del contra-resto que enlazan con los muros botareles de nueva construcción, empezó á elevarse el monumento hasta llegar á la mitad del friso que constituye el anillo, y en cuya línea de arranque terminan las pechinas.

Terminado el primer cuerpo, fué preciso suspender por algun tiempo los trabajos y construir entre tanto los platillos de los costados del coro y las dos cúpulas menores situadas delante del mismo. En 8 de julio de 1868 continuaron las obras de la cúpula principal, la cual quedó cerrada en 16 de agosto de 1869.

Las dimensiones de la grande cúpula son sorprendentes, pues el anillo mide 16 metros de diámetro, en el interior del tambor 17, y contando el espesor de los muros, 22. Su altura total es de 80 metros desde la cruz al pavimento. — Este, á excepción de las capillas, coro y tránsito, que va al altar mayor, se ha cubierto de mármoles, combinando en el dibujo el blanco de Italia con el amarillo y negro de Azpeitia.

Volviendo á la cúpula, debo decir que sobre un basamento de molduras y rehundidos se elevan en la

parte interior las ventanas de la linterna, relacionado su adorno con el de la parte exterior. La bóveda es elipsoide... mas no puedo defenirme en describirla; pues prefiero decir dos palabras de sus pinturas. Sobre el friso de la cornisa se lee: *Elegi et sanctificavi locum istum presentia mea, ut sit sibi nomen meum et cor meum cunctis diebus*. En los compartimientos ó recuadros que resaltan entre los aristones hay pintada la coronación de la Santísima Virgen, que sirve de complemento á los preciosos pasajes esculpidos en el altar mayor gótico, de alabastro, que elaboró el escultor Forment. Sin embargo de ser ocho los compartimientos de dicha cúpula, el artista señor Montañés, que dirigió las pinturas, ha dispuesto la composición de cada cuadro, de modo que todos formen un solo asunto, pues el del centro representa la Santísima Trinidad coronando á la Santísima Virgen, y en los otros se hallan los santos del reino de Aragón en diversos coros de mártires, confesores, profetas, patriarcas, ángeles, vírgenes, etc.

Cada uno de estos cuadros tiene 7 metros de alto por 4 y 33 centímetros de ancho en la parte inferior; así es que las figuras de primer término miden mas de 3 metros de alto. Han sido pintadas al óleo sobre la misma lavadura de yeso. De estos cuadros, dos han sido ejecutados segun el boceto de Montañés, por el pintor Abadía, de Huesca. Otro hay del señor Lana, de Epila, dos por Unceta, de Zaragoza, y uno por Pescador, tambien de Zaragoza.

En las cuatro pechinas de los arcos torales que sostienen la cúpula, se han pintado en unos círculos con fondo de oro de 2 metros 73 centímetros de diámetro los cuatro evangelistas, debidos dos al pincel del señor Pescador y dos al del señor Abadía, tomados de los que hay en la cúpula de San Pedro de Roma. Decora esta parte del edificio una pintura policroma de estilo cristiano, en la cual campean los escudos del cabildo, del arzobispo, promovedor de la obra de Aragón y de Zaragoza.

Los púlpitos se han labrado de nuevo para sustituir á los de yeso que habia. Son de nogal, y cada uno tiene excelentes labores de escultura. Otras varias obras se han verificado que no relato, como son las de pinturas y dorado de las paredes, las vidrieras, que aunque de cristales blancos, no dejan de ser costosas, el arreglo del órgano, etc.; de suerte que, segun resulta de la liquidación que he visto, lo invertido hasta el día asciende á 3.393,539 reales 90 céntimos, resultando aun pendientes de pago algunas cuentas que alcanzan á 203,995 reales, parte de los cuales se satisfarán con los 133,139 reales, 30 céntimos, que existían en caja en 21 de setiembre del corriente año, quedando el deficit reducido á 50,853 reales, 70 céntimos, cantidad insignificante que sabrá cubrir la piedad de los verdaderos españoles.»

¿No es verdad que parece referirse esta descripción á las grandes épocas de la fe católica?

Con motivo de la solemnidad á que ha dado lugar la consagración de estos trabajos, se ha triplicado la población de Zaragoza, y no baja de 15 á 16 millones lo que los forasteros han dejado en la capital.

Ha habido trenes de recreo, la consabida procesión con los gigantones, certámenes poéticos, corridas de toros, cabalgata histórica y al mismo tiempo grandiosas funciones de iglesia, que han servido á los zaragozanos para poner una vez mas en evidencia sus piadosos sentimientos.

Porque digan lo que les acomode los que no quieren conocerlos bien, los españoles en la inmensa mayoría somos verdaderamente católicos, rendimos fervoroso culto á la Virgen María, y siempre que hay ocasión de manifestar estas afecciones de nuestra alma, lo hacemos con vehemente entusiasmo.

No hay capital, villa ni aldea en donde la devoción no tenga un objeto predilecto, especial.

Para demostrarlo una vez mas, reproduciré la sentida descripción de una romería al célebre Cristo de Rivas, que cae en mis manos y que viene en apoyo de mi aserto.

En la ermita de este renombrado Cristo es donde yacen sepultados los restos del gran poeta Angel María de Saavedra, primer duque de Rivas.

La romería fué en el mes pasado. Hé aquí su descripción:

« Llegó el día 29.

Por todos los caminos que conducen á Rivas, se veía desde muy temprano multitud de carros y tartanas llenos de *romeros*, y ¡qué alegres venían cantando para acortar las distancias!

¡Qué multitud se apiñaba en los alrededores de la iglesia! Unos entraban tristes; esperaban otros ansiosamente penetrar en el sagrado recinto; los que habían llegado los últimos querían ser los primeros en adorar la imagen, como si Dios tuviera solo un reducido número de mercedes que donar á los que primero llegasen á demandarlas! Y los que habían entrado tristes, salían alegres, rebosando esperanza, y los que entraban y salían, todos tenían en sus bocas una sola frase: ¡bendito! ¡Bendito sea el Cristo de los Afligidos! ¡Bendito sea el Cristo de Rivas!

¡Bendita sea mil veces su fe!

Yo vi á los que estaban enfermos entrar en la capilla del Cristo de los Afligidos, y con el aceite de la lámpara encendida en su honor, lavar sus heridas: ¿y cuántos milagros, cuántos portentos ha hecho esta santa imagen! Las paredes de aquella capilla, apenas pueden sostener el infinito número de ex-votos, fieles testimonios de gracias otorgadas.

Aquel santuario estaba lleno de hombres, mujeres y niños que con devoción edificante asistían al santo sacrificio de la misa. Misa cantada por el cura de Mejorada, pueblo vecino á Rivas, y ayudada por un sacerdote cuyo nombre no recuerdo ahora, y por el venerable padre don Felipe Coderque, capellan que fué de la real casa, varon eminente en virtud y ciencia. El padre Lerena pronunció un tierno y elocuente sermón, y acabada la misa, el pueblo adoró la santa imagen del Cristo de los Afligidos, que en sus benditos piés tiene profundas huellas producidas por la multitud de labios que en ellos han estampado fervorosos besos.

No me habian exagerado, no, al describirme el entusiasmo religioso que llena el corazón de aquellos pueblos que aun creen y adoran.

Cuando sacan en procesión la santa imagen, los que son padres se disputan el honor de colocar á sus pequeños hijos sobre las andas y... ni el cincel portentoso de Montañés, ni el divino pincel de Murillo, hubieran logrado jamás producir el efecto que causa ver aquellos angelitos sonrosados y rubios como el oro, agrupados á los piés de aquel Cristo cubierto de sangre y de dolor.

El pueblo corre, se apiña, grita bendiciendo á su protector, los vendedores arrojan á manos llenas sus mercaderías á los piés de la imagen, cubriendo á los niños de dulces y flores; ¡miles de cohetes rasgan el aire y atruena el espacio un incesante vitoreo!

Cuando el Cristo ha entrado en su santuario, cuando el alma está llena de esperanzas y de consuelos, cuando el pueblo ha saciado su sed de orar, entra la alegría, el baile, la comida sobre la yerba, el cantar los milagros de Dios, y parece que los corazones naufragan en esos momentos en un océano de felicidad.

.....

Horas despues todo aquel campo estaba solitario.

Por el camino real se veían marchar en confuso tropel carros y tartanas, jinetes y peatones, todos riendo, todos cantando.

Entraba la noche.

Ya solo se veía, tras de los vidrios de la iglesia, oscilar una pequeña luz.

La noche estaba fria y oscura.

La luz de la iglesia ya no se veía.

Las risas y las canciones me acompañaban.»

¡Qué hermoso es este cuadro!

No hay duda; los pueblos que tienen en el fondo la fe religiosa, tarde ó temprano se salvan, por esa misma fe.

¡Ah! ¡Qué pocos crímenes tendrían que registrar los periódicos si la indiferencia ó el descreimiento no se apoderasen de algunos desdichados.

Dos casos puedo citar de esta lamentable falta de creencias.

El uno es relativo al suicidio, verificado en los primeros días de octubre por un joven vizcaíno recién llegado de la isla de Cuba y con cuantiosos caudales.

Llegó no sé si á Bayona ó á San Sebastian por mar, continuó su camino hasta Zumárraga, montó en la diligencia que va desde este pueblo hasta Bilbao y en medio del camino atentó á su existencia.

Ignoro los motivos que pudieron conducir al citado joven á cometer tan espantoso crimen, pero ¿no es verdad que si la fe religiosa hubiera vivido en su alma, disponiendo, como disponía, de una pingüe fortuna, por muchos que hubieran sido sus desengaños, podía aun encontrar dulcísimo consuelo mirándose en la felicidad que con mano pródiga pudiera derramar en torno suyo?

El otro caso es de un pobre diablo que, por efecto del idiotismo, cometió hace algun tiempo un crimen.

Sentenciado á muerte, ha sido ejecutado en la ciudad de Vitoria, y en medio de su falta absoluta de inteligencia, tenía tan desarrollado el amor propio, que en la capilla ya, pasó toda la noche durmiendo tranquilamente, y lo primero que se le ocurrió cuando le despertaron para llevarle al patíbulo, fué pedir un cigarro de 2 reales.

Por fortuna el confesor que le auxiliaba, pudo herir una fibra en su corazón y el infeliz renunció al último lujo que quería ostentar en la vida, para buscar en el perdón de Dios la misericordia que necesitaba.

Cambiamos de decoración para que los lectores no se entristezcan con estas consideraciones y dirijamos nuestros ojos á los teatros, en donde todo parece revelar una sociedad completamente dichosa.

Las localidades están llenas todas las noches; las compañías estrenan obras.

Las óperas cantadas hasta ahora en el Teatro Real, demuestran por las cualidades de sus intérpretes, que este teatro es considerado en Europa como de primer orden. Aunque el empresario, para satisfacer las exigencias de los artistas, ha tenido que aumentar los precios de las localidades, los palcos, las butacas, todos los sitios que implican lujo y ostentación, se ven favorecidos por las familias mas distinguidas de la corte.

En ciertos círculos ha llamado bastante la atención el cortés pugilato que ha habido entre dos familias opulentísimas disputándose un palco de platea, en el que lució su belleza la inolvidable duquesa de Alba.

Dos damas, bellas tambien y llenas de millones, se han disputado el privilegio de ocupar un palco; han puesto en juego toda clase de influencias; han formado partidos; por fin creo que se ha llegado á una transacción, y gracias á esto no ha habido mas perturbacio-

nes que las que han producido á las dos heroínas el insomnio en que han vivido algun tiempo meditando el medio de arrebatarle aquel trono de la hermosura.

En el Teatro Español, á las representaciones de la linda comedia de Blasco, *el Baile de la Condesa*, han sucedido las de un interesante drama arreglado del francés, con el título de *Rafael*, y las de un proverbio que se titula, *Quien bien le quiera...* El éxito de esta última producción no ha sido muy satisfactorio.

En el Circo, donde brilla Matilde Diez, despues de la representación del *Otelo*, en que tanto se distingue el actor don Pedro Delgado, se estrenó un inspiradísimo drama de García Gutierrez, con el nombre de *Doña Urraca de Castilla*. Toda la obra rebosa poesia. García Gutierrez, en el ocaso de su vida, es el mismo poeta que ha arrancado lágrimas y aplausos á dos generaciones sucesivas con su inolvidable *Trovador*.

La Zarzuela, ha puesto en escena con mucho éxito una bellísima balada denominada *Esperanza*.

¿Qué asunto tan delicado y tan simpático! Figúrense mis lectores que Esperanza, la que da el título á la obra, ha muerto un año antes de empezar la accion. Hace ya cinco que su amante habia tenido que abandonar el pueblo para ir á servir al rey, y en todo este tiempo no han sabido nada de su paradero. La primera noticia que tienen la hermana de Esperanza y el tio de ella, venerable sacerdote, es que el militar vuelve al pueblo, pero viene ciego. Apenas llega le encuentra la hermana de su pobre amante; él cree que es Esperanza. ¿Cómo revelarles que ha muerto?

Estas breves indicaciones bastan para comprender lo interesante y simpático de la fábula.

Consuelo reemplaza á Esperanza en el corazon del pobre ciego, y á este episodio dan claro-oscuro los amores de Blas, el cual cree hasta el final que va á casarse con Consuelo y al fin y al cabo la libra del compromiso que ha contraido con él, para hacerla dichosa.

A la balada *Esperanza* ha seguido *el Atrevido de la corte*, letra de Larra y música de Caballero.

Es una zarzuela de las del género de capay espada, que ha logrado buen éxito por lo enredado del argumento y lo interesante de las situaciones.

En la Alhambra, se está representando con muy buen éxito una comedia de magia titulada: *el Sueño de la vida*, y en el Teatro Martín, otra del mismo género, que es *la Montaña de las brujas*.

Pasemos al capitulo de los libros nuevos.

Los tomos que, á peseta en toda España, publica el editor Manini, obtienen cada día mas y mas el favor del público. En esta coleccion ha aparecido una novela de Fernandez y Gonzalez, que lleva por título *los Tenorios de hoy*. El público se la arrebata de las manos. El editor tiene en prensa otra obra del mismo Fernandez y Gonzalez, que se llama *los Farsantes*.

Gracias á este sistema de publicacion, podrán los verdaderos novelistas dar á luz sus inspiraciones y se aumentará el número de los libros amenos é interesantes y los autores noveles tendrán ocasion de darse á conocer.

Digno es tambien de citar aquí el pensamiento de una sociedad que se ha puesto de acuerdo para que vean la luz las obras de Santa Teresa, tal cual están, originales, para cuyo fin se valdrán del procedimiento foto-litográfico, publicando, no solo los documentos auténticos que se conservan en el Monasterio del Escorial, sino las cartas y demás escritos de la santa dispersos en varios monasterios y en poder de particulares.

Otro nuevo libro ha visto la luz pública, destinado á proporcionar á su autor, don Juan M. Sanjuan, un merecido triunfo en su carrera literaria. Titúlase *Bosquejos*, bajo cuyo modesto nombre oculta una coleccion de poesías llenas de belleza, novedad é inspiracion, y completa la obra un prólogo del señor Campamor, como sabe escribirlos el inspirado autor de los *Pequeños poemas*, circunstancias todas que consiguen hacer del libro uno de esos que no se deja de la mano sino para saborear nuevamente su galanura y enviar un aplauso de satisfaccion al poeta, que con tanto talento ha compuesto la obra de que me ocupo.

En uno de los últimos folios de un notable manuscrito, dedicado al ilustre marqués de Santillana, y compuesto para él por Antonio de Zurita en 1441, se encuentran las siguientes poesias que tenemos motivo para creer inéditas, y que por su sabor clásico y sencilla belleza reproduzco:

Yo soy la verdad
Questoy escondida
Por my hermana la vergüenca
Ques ya perdida.

Parióme mi madre
Vna noche oscura
Pusome paños negros
Faltome ventura.

Triste coracon,
Agamos endechas
Endechas (*falta una palabra*)
De mi perdicion

A contar mi cuidado
No se por donde entre
Que dentro del biente
Nasci enamorado
De amor fuí nacido
De amor fuí criado,
De amor concebido,
De amor engendrado;
Y son sus racones
Y ley verdadera:
Quien nace de amores
Que de amores muera.

Hé aquí la primitiva poesia: incorrecta, pero natural y encantadora.

Pasemos de lo agradable á lo útil. Con el título de « el Almotacen ó instruccion popular para la eleccion de las sustancias alimenticias » ó sea « Nociones sucintas de higiene y de economía doméstica útiles á todas las familias y provechosas á los agentes no peritos de las municipalidades encargados de la vigilancia sobre la venta de comestibles, » acaba de publicar un libro don José Oriol Ronquillo.

Bien puede decirse que para dar exacta idea del verdadero mérito y de la positiva utilidad de esta obrita, no hay mejor camino que el de exponer su plan y lo que abarca, trasladando siquiera en bosquejo el sumario que llena su primera página y el índice alfabético que presenta en las últimas, junto con la indicacion de su método constante en cada artículo, y añadir la observacion de que efectivamente, segun así tambien lo ofrece en la portada, enseña en su conjunto y por el uniforme desarrollo descriptivo de cada parcial agrupacion, « las propiedades salubres de » los alimentos, condimentos y bebidas, las alteraciones naturales y accidentales que estos pueden sufrir, y las falsificaciones á que los sujeta la codicia, » junto con los medios de reconocerlas. »

Esta enseñanza para todos provechosa y en determinadas ocasiones de capital importancia, es la que va, hasta amenamente, suministrando al lector en cada agrupacion y en las subdivisiones respectivas que menciona el sumario de alimentos animales (mamíferos, aves, peces, crustáceos, moluscos, reptiles), de alimentos vegetales (cereales, tubérculos de raíces, fécula, legumbres, verduras, frutas, setas, dulces, chocolate), de condimentos ya animales, ya vegetales (en sus diversas clases), y del condimento mineral la sal comun, y finalmente de las bebidas acuosas, aromáticas, fermentadas y alcohólicas, siendo mas de quinientas las sustancias de que trata con suficiente extension para haber de ocupar linea en el índice alfabético, mediante el cual se halla instantáneamente la página respectiva donde encontrará el lector, sobre cualquier clase de aquellas en general ó sobre cualquier individualidad especial de las mismas, la definicion ó descripcion, su aspecto y sus propiedades, sus posibles alteraciones y sofisticaciones, las equivocaciones y los fraudes á que dan ocasion, y los medios para descubrirlos y aun á veces para precaverlos ó evitarlos, determinándose oportunamente lo mas ó menos provechoso de algunas sustancias segun el estado ó el temperamento del que las use y lo mas ó menos nocivo para la salud de ciertos naturales accidentales ó de ciertos productos de malas artes.

En una palabra: la obra del señor Ronquillo es un libro de ciencia y de conciencia, de fácil comprension y de agradable lectura, garantia de salud para el lector que en él se instruya y que utilice prácticamente el caudal de sus preciosísimos datos.

Se están haciendo grandes preparativos para la Exposicion universal que debe verificarse en Viena el año próximo.

Es consolador que en medio de los disturbios políticos, haya personas, y las hay, que con verdadera fe trabajen deseosas en demostrar los adelantos que, sin proteccion de ningun género hacen los industriales españoles. La verdad es que unos cuantos años de calma bastarian para demostrar que no se pierde el tiempo y que los adelantos del siglo en que vivimos, tienen en nuestro pais quien los utilice y contribuya á ellos.

Para poner en evidencia estos progresos, existe el proyecto de una exposicion permanente. Tanto esta como otras ideas tropiezan siempre para su realizacion con los obstáculos que ofrece el pais en donde el préstamo y la usura absorben la mayor parte de los capitales.

Los dos magníficos mercados que se están construyendo en Madrid, por el estilo de los mejores de París y Lóndres, avanzan rápidamente.

Trátase de llevar á cabo una mejora, tal es la de establecer el servicio telegráfico para el interior de la capital; es verdad que este proyecto tardará en realizarse, porque ha pasado á consulta al ministerio de Hacienda, y como en este y en todos los demás son tan cómodas las papeleras, es de esperar que duerma un largo sueño.

Para que nada nos falte, dentro de poco tendremos en Madrid, la primera plaza de toros del mundo.

Salamanca, que hace todas las cosas como el conde de Monte-Cristo, va á construir este Circo cambiándose por el que hoy sirve para las lides taurinas. El espacio que este ocupa, se trasformará muy en breve

abriéndose de hoteles y de jardines. La plaza de toros nueva, se alejará una media legua de Madrid, pero esta distancia se salvará con un tram-via, y sobre todo la aficion es tal, que aunque la distancia fuera mayor, no dejaria de asistir el público á tan dramáticas funciones. El nuevo Circo podrá contener de 13 á 14,000 espectadores; el redondel ó arena ocupará un espacio de 60 metros de diámetro. La plaza y sus accesorios se extenderán en medio de un millon de pies próximamente.

Mientras que unos se dedican á crear y engrandecer, otros se dirigen por el camino opuesto.

El robo continúa en grande escala haciendo de las suyas.

Durante las fiestas de Zaragoza, se han escamoteado 48 relojes. Entre los que por este motivo se han quedado sin saber la hora, se citan nada menos que al regente de la Audiencia y á una mujer fenomenal por su gordura, que acudió á exhibirse á los forasteros y zaragozanos.

No sabiendo los rateros cómo ingeniarse despues de haber agotado todos los recursos, han ideado el que podemos llamar robo literario.

A lo mejor se presenta un Caco en casa de algun hombre de letras con una carta de recomendacion, pídenle prestada alguna obra de valor, y á los pocos minutos de obtenerla, la venden.

Esto ha pasado recientemente á dos personas importantes: don Fernando Vida, sub-secretario que ha sido del ministerio de Ultramar, recibió la visita de un desconocido, el cual le presentó una tarjeta del conde de Toreno con unas cuantas líneas escritas en las que le pedia la « Historia de la guerra civil; » no ha vuelto á verla. El famoso jurisconsulto don Manuel Cortina, se vió tambien sorprendido por la visita del mismo Caco, el cual le pidió nada menos que los « Códigos españoles, » obra de gran valor.

De esta manera han sido estafados unos cuantos, pero los demás que podrian ser víctimas, están avisados y es de esperar que no se repita la estafa.

Ha fallecido el marqués de Viluma, antiguo presidente del Consejo de Ministros, eminente hombre de Estado, y uno de los jefes del partido reaccionario de nuestro pais.

Ha tenido el placer de abrir por tercera vez el curso de la Universidad Católica, cuya creacion se debe á su iniciativa.

Esta Universidad, sostenida por la piedad de los españoles enfrente de la que mantiene el gobierno, está prestando eminentes servicios á la religion y á los jóvenes aplicados que carecen de recursos.

La revolucion suprimió la escuela de declamacion en el Conservatorio de Música, y un actor distinguido, don Antonio Pizarroso, ha creado una escuela para la enseñanza de los actores. Recientemente se ha inaugurado esta academia, asistiendo al acto hombres eminentes.

El señor Pizarroso, leyó una interesante Memoria que ha merecido unánimes elogios, como los merece su laudable pensamiento.

Por fin vamos á tener sociedad de escritores y artistas. Ya han sido aprobados los estatutos, y desde primeros de año, con el capital que ya tenemos y el que se vaya formando, podremos auxiliarnos en los momentos criticos de nuestra vida.

Cuatro años ha tardado en constituirse esta asociacion tan importante bajo todos conceptos.

Mucho celebrariamos que los escritores americanos, que hablan nuestro mismo idioma, formasen asociaciones como la nuestra, independientes entre sí, pero unidas por el lazo de fraternidad, á la que acabamos de crear.

Hé aquí tres anécdotas para divertimento y solaz de los lectores.

— ¿Quién no conoce en Madrid al respetable señor X..., que vestido con un gusto irreprochable, erguido á pesar de sus cincuenta y cinco años y de la nieve que blanquea sus cabellos y acompañado de su linda y joven esposa, frecuenta diariamente los principales paseos y teatros de Madrid? Pues bien, á este señor le ocurrió hace pocos dias lo siguiente:

Entró en el gabinete de su esposa; vió abiertos los cajones del *secrétaire*, le dió la humorada de revolver en uno de ellos, y entre varios papeles vió asomar la fotografia de un joven desconocido.

— ¿Quién es este *quidam*? preguntó con mal reprimida ira y ojos desmesuradamente abiertos.

— ¡Es posible!... ¿Con que no reconoces tus ojos, tu nariz, tu boca?...

— Sí... pero ¿y la barba? ¿Tengo yo acaso los cabellos ni la barba negros?

— Pues precisamente por eso he querido que me hagan así tu retrato... ¡Es tan grato para mi verte como cuando tenias veinte años!

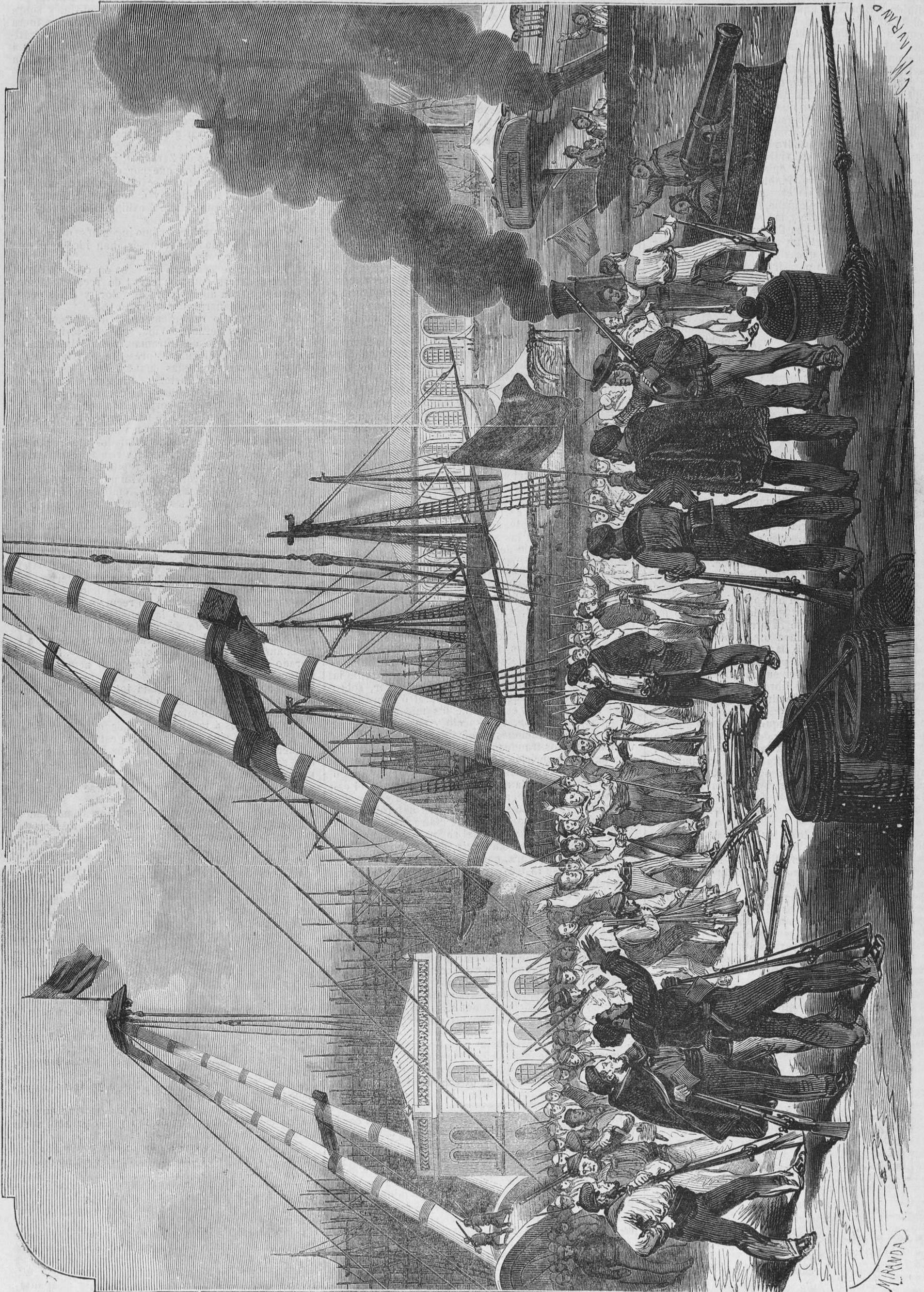
Cuéntase tambien que un melencólico poeta novel se presentó hace pocos dias al empresario de uno de los teatros de esta villa.

— Confío á Vd. mi mejor producción dramática, le dijo, entregándole un voluminoso cuaderno.

— ¿Dramática? repitió aquel con cierta desconfianza.

— ¡Y tanto! Figúrese Vd. que la primera dama muere de un vómito de sangre, su marido, que será el primer galan, del cólera, y el galan joven, que es el amante, de una indigestion.

— Y en la última escena morirá hasta el apuntador, no quedará uno vivo, y por decoracion pondremos el valle de Josafat.



INSURRECCION DEL FERROL. — Los insurrectos ocupando el puerto. — (Véase el número anterior).



TEÓFILO GAUTIER.

(Copia de la fotografía ejecutada en San Petersburgo, por M. Richebourg. — (Véase la *Revista de Paris* del número anterior).

— Nada de eso, mucho mejor, tengo otra idea mas nueva, un golpe de efecto piramidal; cuando el público llama al autor, uno de los actores saldrá muy conmovido á anunciar que acabo de espirar á consecuencia de la ruptura de un aneurisma.

El empresario se desmayó.

Preguntando un caballero á otro en un teatro de esta córte qué opinaba acerca de la obra que se estaba ejecutando, el interrogado respondió :

— Yo le diré á Vd... : son de tal naturaleza los elogios que diariamente se leen en los periódicos, de las obras que se estrenan, que uno de ellos, al dar cuenta del último escribía hace tres dias esto : « La obra ha gustado de verdad. »

Conque ayúdeme Vd. á sentir.

Última noticia de sensación.

Hé aquí cómo la formula un periódico :

« Don Amadeo ha regalado un revolver al señor Ruiz Zorrilla. El sultan de Turquía, cuando dispone del pescuezo de algun dignatario, le envía un cordón de seda para que se ahorque. »

Confiemos en que no son estas las augustas intenciones y solo sí, recordar al ministro lo poco garantida que está la seguridad personal bajo su direccion gubernativa.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de octubre de 1872.

Revista de Paris.

Están á punto de concluir las vacaciones de la Asamblea. El lunes próximo deben reanudarse las sesiones, y con este motivo los ecos de Versalles nos hablan ya de los primeros síntomas de animacion que se advierten en la antigua ciudad de Luis XIV. Desde luego el gobierno ha vuelto á ocupar su residencia forzosa. El presidente de la República descansa de su expedicion á Trouville y de sus recepciones oficiales en el Elíseo, en su humilde vivienda de Versalles, que forma tan notable contraste con los esplendores del palacio, y prepara en la soledad y el silencio el mensaje donde expondrá la situacion de la Francia. Los ministros se han trasladado tambien á la misma poblacion con la seccion ambulante, digámoslo así, de sus oficinas y entre tanto van llegando ya los diputados, despues de haber recorrido sus respectivos departamentos y estudiado en ellos el espíritu de la opinion y lo que pide el pais á sus representantes.

Todo esto quiere decir que á la calma relativa de que hemos disfrutado en los últimos meses, va á suceder otro período de agitacion promovido por las luchas parlamentarias; y si hemos de dar algun crédito á los rumores que circulan, quizás nos encontramos en vísperas de sucesos muy graves. Mala entrada de invierno se anuncia pues, si los tales rumores no son infundados. Porque, en efecto, si algo necesita Paris, es paz y reposo para reponerse completamente de sus grandes males.

Queremos creer que la tempestad, caso de formarse, será de verano, y nos fundamos para suponerlo así, en que ya en otras ocasiones la Asamblea ha sabido dar pruebas de lo mucho en que estima la tranquilidad pública para turbarla con golpes inesperados; pero de todos modos, como las noticias en cuestion conmueven y alarman, nuestro deber de cronistas es señalarlas aquí para edificacion de nuestros lectores.

Trátase pues, nada menos que de cambiar en definitivo lo existente, ó por lo menos de consolidar el estado actual, por un tiempo determinado.

Ahora bien, conocido el espíritu de la mayoría de la Cámara, declaradamente hostil á la República, no es de extrañar que los pesimistas nos anuncien grandes tempestades.

Todos estos dias los periódicos oficiosos y los que se dicen bien enterados de asuntos políticos, enumeran la série de proyectos cuya presentacion atribuyen al ministerio, habiendo algunos diarios que adelantan mas, y suponen que M. Thiers los indicará ya en su mensaje.

Trátase, como hemos dicho, de proclamar definitivamente el gobierno republicano, confiriendo á M. Thiers la presidencia por cuatro años con la facultad de ser reelegido, y al mismo tiempo se nombrará un vice-presidente y se fundará una Cámara alta; es pues, todo un sistema de consolidacion efectiva de la República.

Los republicanos antiguos ó modernos, darán su asentimiento á este plan, no cabe duda; pero ¿cuál será la actitud de los monárquicos amantes del pacto de Burdeos que reserva categóricamente la forma del gobierno definitivo?

Supérfluo será decir que no aprobarán semejante pensamiento, si hemos de atenernos á las manifestaciones que continuamente dan á luz sus jefes de fila,

Con efecto, á los banquetes y discursos de los radicales, contestan con otros festines oratorios : á las declaraciones de Grenoble en favor de la República, corresponden los brindis monárquicos de Burdeos.

Mas aun : como los proyectos arriba indicados encuentran mucho eco, los diputados de la mayoría individualmente se apresuran á protestar, éste con una comunicacion á algun periódico, aquel con una carta-manifiesto á sus electores.

El programa de estos diputados parece ser el siguiente : Negativa de toda modificacion constitucional hasta que se hayan votado las leyes de conservacion social que debe hacer la Asamblea, bajo pena de faltar á su mandato.

Votadas las dichas leyes y libre ya el territorio de la presencia de los prusianos, pedir que la Asamblea se pronuncie sobre la forma definitiva del gobierno, que disponga las condiciones de inauguracion del nuevo poder y ceda despues su puesto á otra Asamblea.

Finalmente, rechazar hasta entonces toda proposicion de disolucion, sean cuales fueren su forma y su origen.

Estas conclusiones han sido formuladas por el marqués de Dampierre en una circular á sus electores.

Y todo ello, es á consecuencia de la propaganda radical.

El marqués de Dampierre, en el exordio de este documento, pinta la situacion de la Francia con los mas negros colores.

Dice que el socialismo está haciendo tantos progresos y ha tomado tales proporciones, que quizá no es exagerada la opinion de la prensa de ese partido, cuando anuncia su próximo triunfo. Los jefes radicales se han quitado la máscara y se muestran tan seguros de la victoria, que han declarado la guerra á la República moderada.

Para impedir semejante catástrofe, el diputado aristócrata propone el plan que hemos resumido.

Al correr de la pluma hemos señalado los elementos de disturbios que aparecen en el horizonte político para cuando se reuna la Asamblea; pero por nuestra parte insistimos en creer que la voz del patriotismo que aconseja la concordia, se sobrepondrá á las pasiones.

Dejando ya cuestiones políticas, vamos á dar cuenta á nuestros lectores de la interesante sesion pública anual de las cinco academias, que tuvo efecto en la semana última.

Como de costumbre, la sesion comenzó por una enumeracion de las pérdidas que han tenido en el año las cinco clases en que se divide el Instituto.

La Academia francesa ha perdido el padre Gratry; la de Inscripciones y Bellas Letras, M. de Cherrier; la de Ciencias morales y políticas, M. Agustin Cochin; la de Bellas Artes, MM. Forster, Carafá y Vaudoyer, y la de Ciencias, M. Combes, los dos hermanos Laugier, M. Duhamel, M. Delaunay, el mariscal Vaillant y M. Babinet, lo que forma un total general de trece académicos.

Hace diez años se concedió á M. Thiers el premio biennial de 20,000 francos por su « Historia de la Revolucion francesa, del Consulado y del Imperio »; y esta vez ese mismo premio ha sido conferido á M. Guizot por sus trabajos históricos.

No detallaremos los demás premios concedidos este año, y de los cuales se dió cuenta á los académicos reunidos para llegar cuanto antes á la parte realmente interesante de la sesion, que fueron las lecturas. M. Paul Janet, miembro de la Academia de ciencias morales y políticas, leyó un bello discurso titulado : « La filosofía en las comedias de Molière, » cuya tendencia era demostrar que el inimitable autor se ha burlado de los filósofos no menos que de los médicos, y con perfecto conocimiento de causa.

Todo en las comedias de Molière tiene una intencion muy marcada, hasta las cosas insignificantes en apariencia.

Por ejemplo, M. Paul Janet cita aquella escena tan cómica del *Mariage forcé*, en que el doctor Pancracio se funda en Aristóteles para explicar la palabra *forma*, aplicable al sombrero.

— El mundo ha caido en una corrupcion general, exclama Pancracio muy seriamente; una licencia espantosa reina en todas partes y los magistrados establecidos para mantener el orden, deberian morir de vergüenza ante tamaño escándalo.

— ¿Qué sucede pues?

— ¿No es una cosa horrible, una cosa que clama venganza el oír que se dice públicamente la forma de un sombrero?

— ¿De veras?

— Sí, señor; yo sostengo que se debe decir la figura de un sombrero y no la forma, tanto mas, cuanto existe una gran diferencia entre la forma y la figura, á saber : que la forma es la disposicion exterior de los cuerpos animados, y la figura es la disposicion de los cuerpos inanimados; y puesto que el sombrero es un cuerpo inanimado, debe decirse la figura de un sombrero y no la forma. Sí, así se debe hablar, ignorantes, y tales son los términos categóricos de Aristóteles en el capítulo de la calidad.

Y con efecto, dice M. Paul Janet, abriendo el *Tratado*

de las categorías de Aristóteles, se ve en el capítulo de la calidad, citado por Molière, que el gran filósofo habla de la forma y figura de los objetos.

El curioso estudio de M. Janet ofrece pues, las pruebas de que Molière habia hecho estudios, á cuyo beneficio podía dar á sus personajes un barniz de irrecusables conocimientos muy oportunos en aquellos tiempos en que se agitaban mucho las cuestiones de escolástica. Se burlaba, es verdad, de los pedantes; pero teniendo sus sátiras mucho mas fondo del que se cree, pues hablaba el lenguaje de las aulas que habia aprendido al propio tiempo que sus sistemas y doctrinas.

Su gran talento consistia en hacer que el doctor Pancracio y otros personajes disertaran abundantemente sobre la lógica y el silogismo, provocando sin cesar la risa del auditorio, como al cabo de tantos años y cuando ya ha desaparecido toda actualidad, la provoca en el dia.

A esta lectura de la que damos aquí tan escasa idea, pues abraza un análisis completo del teatro de Molière, bajo el punto de vista que hemos indicado, siguió otra de M. Carlos Blanc, no menos interesante por otro concepto y titulada : *Del vestido de las mujeres*.

M. Carlos Blanc, sostuvo en su discurso estas dos tesis :

1ª A despecho de las innumerables variedades que trae consigo el arte del vestir, debe someterse como todas las artes, á las tres condiciones invariables de lo bello que son el orden, la proporcion y la armonía.

2ª Lejos de ser un asunto de observaciones frívolas, el vestido y el adorno de la mujer, constituyen para el filósofo una indicacion moral y una señal de las ideas reinantes.

En la primera parte de su discurso, M. Carlos Blanc sienta el principio de que siendo el cuerpo humano un modelo de orden, un ejemplo de proporcion y un tipo de armonía, naturalmente, estas tres cualidades deben aparecer en el vestido.

De aquí arranca su crítica cada vez que descubre en la moda algo que no se funda en esa triple base.

Nada mas curioso que sus observaciones sobre las invenciones de las modistas, que tienen por correctivo la sensatez pública.

Así que la moda cae en una ridiculez, en una extravagancia, parece que todas las profesiones se ponen de acuerdo para restablecer el equilibrio.

« Por ejemplo, dice M. Carlos Blanc, el dia en que los voluminosos rodetes postizos entraron en moda, las mujeres volvieron á usar los zapatos de altos tacones, y compensando así lo que habian perdido en su estatura aparente, restablecieron la proporcion que habia roto el excesivo bulto del cabello ajeno. »

Seguidamente entra en minuciosos detalles para demostrar la necesidad de la armonía en las telas, las formas y los colores, y cita con mucha oportunidad el dicho célebre de que está permitido llorar con un sombrero azul, mas no con un sombrero de color de rosa, lo cual prueba, á su juicio, que no solo la armonía es indispensable á los ojos, sino que tambien se interesa en ella el sentimiento.

Tratando el segundo punto de su discurso, se eleva el autor á consideraciones mas trascendentales.

Estando admitido que todo viajero que llega á un pais sin conocerle, adivina desde luego alguna cosa del carácter, usos y costumbres del pueblo que visita, fijando sus miradas en la arquitectura y el vestido de la gente, M. Carlos Blanc hace las observaciones siguientes sobre la nacion francesa.

« En Francia, dice, donde se crea la moda que siguen tantos otros pueblos, el vestido, en sus continuas variaciones, indica menos el espíritu general de los franceses y su carácter nacional, que el espíritu de una época y de un momento dado. En tiempo de la revolucion nuestras modas tenian un aspecto altanero y agitado. Los grandes pañuelos cruzados en el pecho se anudaban de cualquier modo por detrás. El sombrero de alas anchas estaba lleno de cintas y penachos, los cuerpos tenian solapas como los chalecos de los convencionales; el paño, las sedas, las muselinas, eran variadas de rayas ó de cuadros; las balantinas pegaban en las rodillas de las maravillosas, como caian de los bolsillos de los increíbles los sellos de sus dos relojes. »

Sigue la descripcion de las modas del primer imperio, de un aspecto tan desagradable, tan frio, tan afectado; las del régimen de reaccion contra la filosofía volteriana y contra la revolucion francesa, modas copiadas del tiempo de la caballería, é imitaciones de María Estuardo; pero muy luego el triunfo de la clase media las da otro carácter : es una expansion extravagante en el vestido y en el tocado.

Mas hé aquí el segundo imperio; dejemos al autor la palabra :

« Al advenimiento del segundo imperio se inauguraron otras costumbres : los lazos de familia se soltaron, un lujo siempre en aumento corrompió la sociedad elegante, hasta el punto de hacerse difícil distinguir, solo por el carácter del vestido, á la señora virtuosa y á la cortesana. El traje femenino se trasformó de piés á cabeza : los castos bandós lisos con que Rafael ciñó la frente de sus ma-

donas, comenzaron á ondular levantándose á la manera de las cabelleras antiguas. Despues se presentaron á raiz derecha y no conservaron mas rizos que los que caian sobre la frente ó la nuca. Se puso en moda en los vestidos todo lo que podía impedir que la mujer permaneciese sentada, y suprimieron cuanto podía estorbar para pasearse. Se peinaron y vistieron como para ser vistas de perfil. Ahora bien, el perfil es la silueta de una mujer que no nos mira, que pasa, que nos huye. El vestido se convierte en imágen del rápido movimiento que arrastra al mundo y que iba á arrastrar hasta á las que guardan el hogar doméstico. Aun en el día se las ve, ora vestidas y abotonadas como muchachos, ora adornadas de trencillas militares, andando con altos tacones que las llevan siempre adelante, apresurando el paso, acelerando la vida cuando devoran el espacio.»

Un gran movimiento de curiosidad se observó en el auditorio cuando M. Carlos Blanc leía estas apreciaciones tan interesantes; hubo aplausos y hubo murmullos; pero todo el mundo se puso por fin de acuerdo para celebrar la habilidad y la gracia con que supo disimular su acerba crítica sobre las modas femeninas.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

LA DIOSA DEL VALLE.

Posando á la sombra
Estaba una tarde
Al pié de una palma
De bello ramaje,
Cuando ví á una niña
De lindo talante
Que ante mí pasaba
Con mucho donaire;
Pregunté luego
Su nombre adorable,
Y me dijo alegre
Con sonrisa grave:
A mí me apellidan
La diosa del valle.

Al ver los encantos
De sus ojos grandes,
Y la donosura
De su esbelto talle;
Al oír su acento
Cual música suave,
Que al pecho traía
Goces inefables;
Al ver sus cabellos
Tendidos al aire,
Y al mirar su rostro
Puro cual de un ángel,
Ví que en verdad era
La diosa del valle.

Yo la amé al momento,
¡Y quién no la amase!
Y sentí mi pecho
De amor insaciable,
Por tantos hechizos
Arder al instante.
Díjeme: mi vida
Corre entre pesares;
¿Quereis, bella niña,
Quereis consolarme?
Que yo ante Dios juro
Ser fiel y constante
Y morir amando
La diosa del valle.

Sonrióse la hermosa
Con sonrisa amable
Y respondió al punto
Con dulce lenguaje:
Esos juramentos
Los oigo á millares
De los que rendidos
Se dicen amantes,
Mas yo sus promesas

No les creo á nadie
Y jamás escucho
Sus mentidas frases;
Que en hombres no fia
La diosa del valle.

Y partió ligera,
Mas linda y mas grave
Que lo fuera un hada,
Que lo fuera un ángel;
Y quedé suspenso
Viéndola ocultarse
Cual sombra de un sueño,
Cual astro brillante...
Desde ese momento,
Jamás olvidable,
Al pié de la palma
Me encuentran las tardes
Por ver si descubro
La diosa del valle.

MANUEL ANTONIO HURTADO (CHILENO).

RONDELES.

I.

Felicidad, felicidad amada,
Virgen hermosa, bella de las bellas,
Yo de tu vuelo sorprendí las huellas
Entre la oscura, terrenal morada
Y la clara region de las estrellas.

Yo la voz escuché de tu suspiro;
Y te he mirado, en nubes de beldad,
Bajar á mí con revolante giro,
Felicidad.

A detenerte convertí la mano;
Y te alejaste con murmullo vano;
Que tú te acercas y huyes diligente
Y burlas á la triste humanidad,
Oh dulce engaño de la loca mente,
Felicidad.

II.

¿A dónde vamos? tristes navegantes
Partimos ¡ay! de la tranquila cuna
Y bogamos en piélagos bramantes
A merced de los vientos inconstantes
Y al capricho falaz de la fortuna.

Huir la infancia venturosa vemos,
A la ferviente juventud llegamos
Y á la caduca senectud corremos...
¿A dónde vamos?

¿Por qué gemimos con el rumbo incierto
Sin ver jamás el anhelado puerto?
¿Por qué sin tregua, sin cesar bregamos?
¿Cuál es el fin de la mortal jornada?
¿La eterna vida ó la infecunda nada?
¿A dónde vamos?

MANUEL G. PRADA.

Servicio llamado de las Pompas fúnebres

EN PARIS.

I.

Quizás no hay establecimiento de utilidad pública cuya organizacion sea menos conocida que el de los entierros de Paris que lleva el nombre de *Pompas fúnebres*. Ni en las historias de Paris, ni aun en las *Guías*,

se encuentran datos bastantes: es un vacío que vamos á empezar á llenar con los siguientes apuntes completamente inéditos.

En primer lugar diremos dos palabras sobre el origen del *monopolio* de las pompas fúnebres.

Antes de 1789, los funerales confiados al capricho de ciertos oficiales públicos se efectuaban del modo mas irregular y menos decente. Aquellos encargados de dar sepultura á los difuntos pasaban la vida en la taberna, y se cuenta que una vez dejaron olvidado un cadáver dentro de su féretro en la bodega.

Sin embargo, en algunas localidades los hospitales y los hospicios disfrutaban la facultad de hacer los entierros, y de aquí el monopolio. El 23 prarial año XII, se publicó un decreto transfiriendo este privilegio exclusivamente á las Fábricas de las iglesias, les atribuíó las rentas de toda clase inherentes al ceremonial de las honras fúnebres, bajo la condicion de que cumplirían ciertas cláusulas particulares cuyo objeto era introducir en las inhumaciones la dignidad y decencia que hasta entonces habian faltado. Además, por este decreto se reconocía á las fábricas la facultad de dar el privilegio á quien lo estimaran conveniente.

No es del caso entrar en el detalle de los diferentes decretos ulteriores que vinieron á modificar poco á poco aquella primera reglamentacion, no en el fondo, que siempre ha sido el mismo, sino en la forma. Nos concretaremos á mencionar que cada nueve años hasta 1870, la empresa, ó sea «el arriendo de las Pompas fúnebres de Paris,» se sacaba á subasta y se adjudicaba al que ofrecía mejores condiciones. No hay para qué decir que la diferencia entre el precio de adjudicacion y el cálculo del producto futuro, determinada por una aproximacion basada en los rendimientos anteriores, representaba el beneficio de las fábricas cesionarias. En cuanto á las cargas, variaban segun las épocas, y siempre se tenian en cuenta los intereses de la poblacion.

El empresario trabajaba pues por su cuenta y riesgo entre el tributo fijo debido á las fábricas, la cantidad por la cual se le habia adjudicado la empresa y las exigencias de las condiciones suscritas. Así ha sucedido que durante largo tiempo se han visto muchas maniobras para aumentar los ingresos, ya perjudicando á las familias, como podian hacerlo por la elasticidad de las tarifas, ya disminuyendo en detrimento del servicio los gastos de explotacion.

Pero gracias á los cuidados del gobierno y á la lealtad del adjudicatario de los dos últimos arriendos, M. Leon Vafflard, la mayor parte de aquellos abusos han desaparecido, y si la actual organizacion del servicio no es perfecta, bajo el doble concepto del interés público y de la dignidad de los funerales, preciso es convenir en que tiende á serlo mas y mas cada día.

Antes de penetrar mas en la cuestion, no será inútil poner de relieve el espíritu del decreto del año XII, del que hemos hablado al principio de este artículo.

Cuando el legislador concedió á las fábricas la propiedad exclusiva de los funerales, se propuso descargar á la municipalidad ó al Estado del cuidado de atender directamente á los gastos del culto. Con efecto, el producto en cuestion se destina al sostenimiento de las iglesias, á los sueldos de los que las sirven (solo el cura párroco cobra del presupuesto), á las compras que se necesitan hacer, etc.

La reparticion de las sumas de aquel producto debia operarse en principio, á prorata de las inhumaciones hechas en cada parroquia; pero en ese caso las mas ricas, aquellas donde hay mas fieles, habrian tenido una parte magnífica, en tanto que las mas pobres no habrian recibido ni para cubrir sus necesidades. Por esta razon las fábricas concibieron la idea de formar con la entrega de un tanto por ciento cada iglesia sobre lo correspondiente á las Pompas fúnebres, un *fondo comun* destinado á las iglesias pobres.

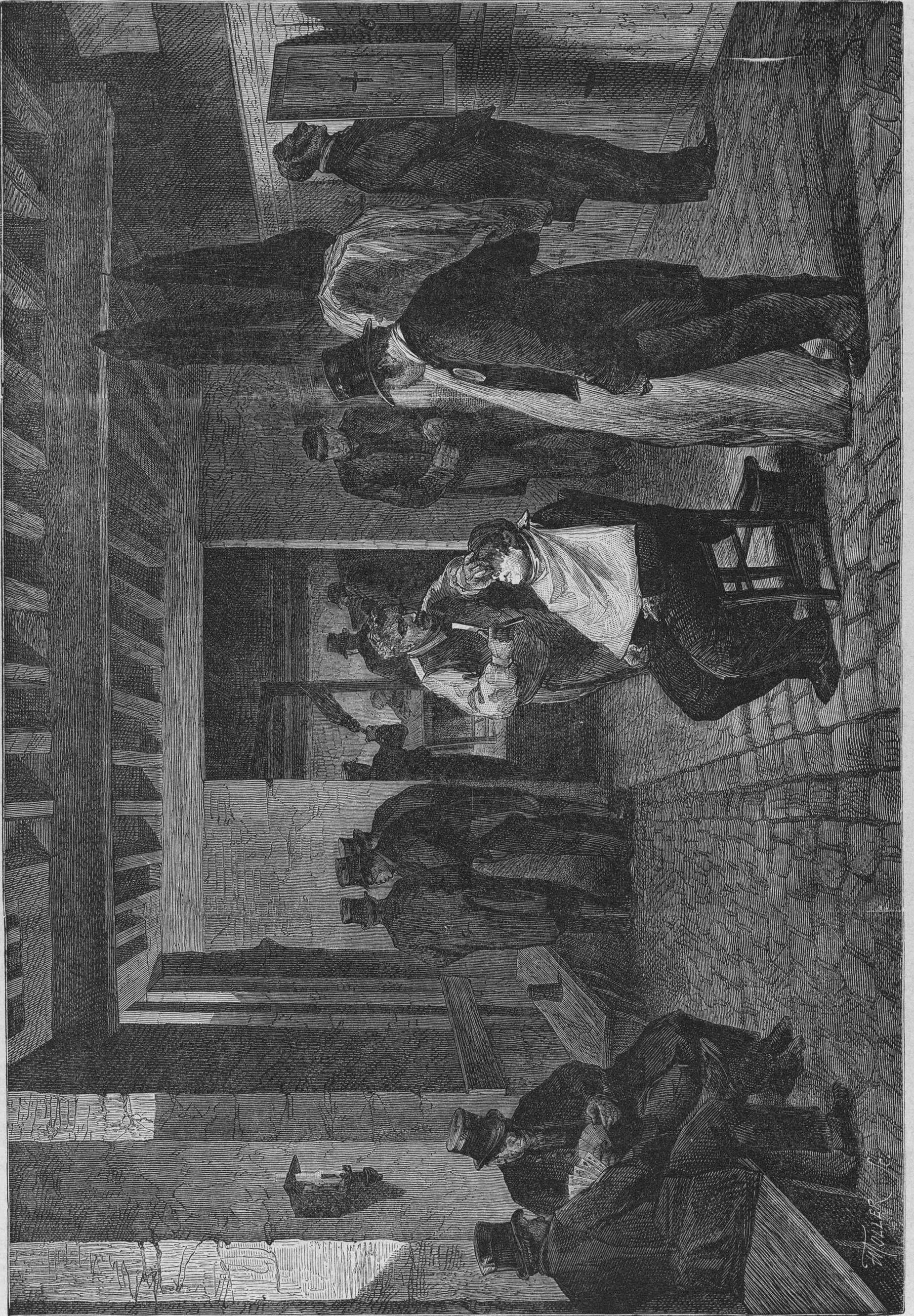
Pondremos un ejemplo comparativo, tomado en los dos extremos:

En 1870, la iglesia de la Magdalena, cuyo producto funerario calculado á prorata de sus inhumaciones se habia elevado á 139,622 francos, no cobró en realidad mas de 74,000, entregando al fondo comun la diferencia, ó sean 65,000 francos.

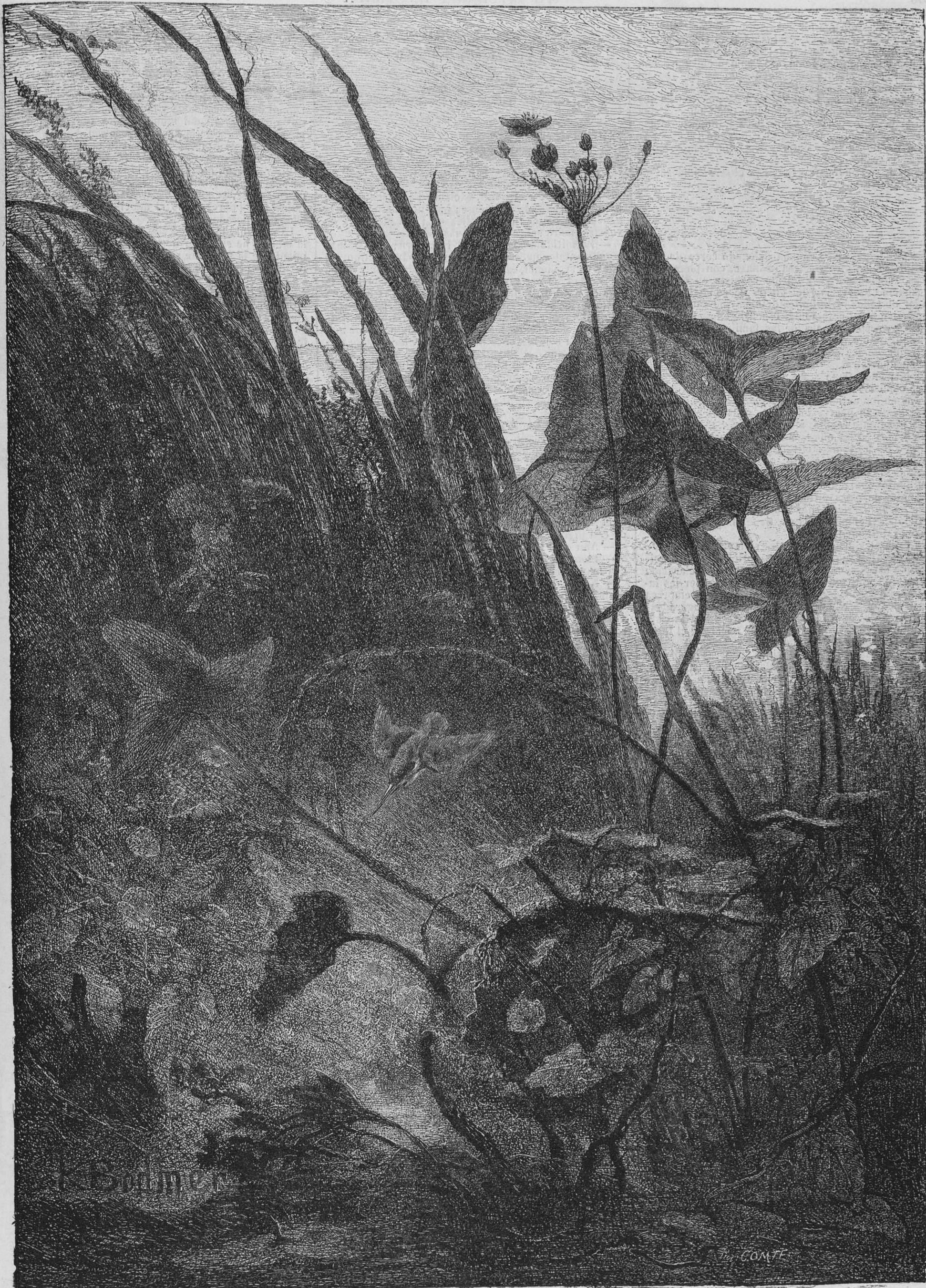
El mismo año, la iglesia de Nuestra Señora de la Gare, que por el mismo concepto no habria tenido mas de 7,915 fr. 60 c., cobró en realidad 21,421 fr. 53 c., recibiendo como suplemento del fondo comun 13,505 fr. 93 cént.

A fines de 1870 concluía el último arriendo de M. Leon Vafflard, y no tenia deseos de seguir con las mismas condiciones, pues las consecuencias de la guerra, las incertidumbres políticas, la emigracion de los parisienses, etc., hacian la empresa un tanto arriesgada. Dió parte de sus observaciones á los interesados, se reunieron todas las fábricas y adoptaron una decision que puede expresarse del modo siguiente:

«Las fábricas, titulares, del monopolio en cuestion;



TIPOS Y FISIONOMIAS DE PARIS. — LAS POMPAS FÚNEBRES. — El cuarto de los saca-muertos.



CREPÚSCULO. — Composicion de K. Bodmer.

» Considerando que los gastos de explotación del último año de la empresa, gastos de toda clase, personal, cuidado y renovación del material, intereses de los capitales, amortización, etc., se han elevado á una suma que representa exactamente un 44 por 100 del ingreso;

» Ofrecemos á M. Leon Vafflard 44 por 100 de los productos futuros, incluso su sueldo personal, con mas una prima de... por 100 sobre los rendimientos obtenidos, para que continúe á la cabeza de las Pompas fúnebres, no ya como empresario, sino como simple ADMINISTRADOR.»

Bajo estas condiciones funciona el servicio desde el mes de abril de 1871.

La prefectura del Sena ha delegado cerca de esta administración un INSPECTOR GENERAL, con plenos poderes, funcionario cuya misión consiste en asegurar la estricta observación del pliego de condiciones; en cuidar de todos los infinitos detalles que entran en la composición del ceremonial fúnebre; en recibir y examinar las reclamaciones de las familias y atenderlas si ha lugar, etc. En una palabra, es el guardian y el protector de los derechos públicos contra todos los manejos posibles.

El inspector tiene á sus órdenes 32 ordenadores, vulgo comisarios de los muertos, que representan al alcalde en los entierros. El ordenador acompaña al cadáver hasta la puerta del campo santo donde le entrega, mediante recibo, al celador jefe. Estos recibos acumulados en las oficinas de la Inspección determinan (á 5 frs. cada uno) el total de las sumas que debe la villa á la administración, que atenúan los gastos ocasionados por el transporte gratuito y obligatorio de los difuntos indigentes.

La cifra de estas últimas inhumaciones representa como los *dos tercios* de las inhumaciones totales; y el servicio de Pompas fúnebres tiene obligación de hacerlas gratuitamente.

En cada alcaldía se encuentra siempre un delegado de las Pompas fúnebres á la disposición de las familias, que así pueden hacer á un tiempo la declaración de la defunción como manda la ley, y disponer los funerales. En otro tiempo las maniobras de la empresa arrastraban á la clientela á hacer gastos exagerados; pero hoy todos los precios están marcados á la vista del público, y los herederos pueden encargar el funeral que tengan por conveniente.

Nueve son las clases, y las siete primeras están subdivididas en dos secciones cada una con su precio, uno variable y otro fijo. Además, un album fotografiado indica minuciosamente el tipo del carro fúnebre y del catafalco, el modelo de las colgaduras tanto en la casa como en la iglesia, el número de luces, el traje del cochero, la cantidad y naturaleza de los galones, bordados ó pasamanerías, de plata ó de galon, correspondientes á cada clase. A veces se elige una clase y se pide algo mas, como, por ejemplo, el catafalco de una clase superior, ó mas luces, etc., que se paga como exceso, y de aquí la tarifa variable.

Hojeando esos album, nota uno el ingenioso decrecimiento del lujo en la escala adoptada.

La graduación que baja insensiblemente de los orgullos con grandes penachos del entierro de 7,184 frs., á la severa humildad del entierro gratuito, conserva á cada clase un carácter bien distinto, siendo la última muy sencilla, pero digna y decente.

Las tarifas son carísimas en las primeras clases; pero desde la sétima, no cubren ya los gastos. La empresa trata pues al público como esos médicos que proporcionan su cuenta á la posición del cliente: el rico paga por el pobre.

Ahora bien, ese impuesto suntuario exigido sobre la vanidad de los grandes en provecho de los pobres, ¿no es esencialmente democrático?

Los entierros mas numerosos son aquellos cuyo precio varia de 80 á 300 frs. Solo las familias pudientes gastan de 500 á 1,000 frs. Los de 3,000 frs. son rarísimos: júzguese cuántos habrá de los otros.

Es evidente que, sentado el principio del monopolio, el servicio funciona bien: por una parte, puede decirse que todo se hace con dignidad y decencia, y por otra, que la municipalidad de París se encuentra descargada de gastos onerosos.

Después de estas explicaciones teóricas nos falta dar á conocer las prácticas de la administración. En otro artículo hablaremos de los detalles todos del sistema, tratando de señalar todo lo mas curioso, desde el cuarto de los saca-muertos de tan extraño aspecto, hasta las angarillas de mano inventadas en tiempo del sitio.

J. D.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Conclusion. — Véase el número 1,035.)

— Es cierto, M. Darrell, exclamó Fairthorn, que se habia acercado oblicuamente; hay una nota sobre la genealogía de los Branthwaites en la grande obra de vuestro padre sobre las estatuas monumentales.

— Permitidme continuar, M. Fairthorn; las estatuas monumentales nada tienen que ver con la cuestión. Si, Darrell; si, Lionel, esta jóven encantadora, muy digna en verdad de ser adoptada por lady Montfort, es la hija de Arturo Branthwaite y de su esposa la hermana de Franck-Vance, cuyo nombre tendrá en mi concepto gran precio para las naciones, y cuyas obras conservarían con orgullo los príncipes cuando mas de una genealogía con blasones de azul y oro habrá sido roída por los años.

— ¡Ah! murmuró Lionel, ¿no he sido yo, Sofia, el que os ha enseñado á admirar el talento de vuestro padre? ¿No os acordais que cuando estábamos los dos inclinados sobre su libro, parecia dar una voz á nuestros sentimientos, aproximaba nuestros pensamientos? Nos hablaba desde el fondo del sepulcro.

Sofia no respondió, ocultó su rostro en el seno del anciano, abrazándole con mas ternura que nunca.

— ¿Será cierto? ¿procede de tan noble origen? preguntó Waife con voz trémula.

— Sin ningun género de duda, respondió Alban; traigo pruebas en apoyo de mi historia.

El anciano se inclinó un instante sobre el rostro y la hermosa cabellera de Sofia, después se puso erguido con dignidad, y dijo:

— Aun eres mía por un momento, Sofia.

— Siempre seré vuestra con mayor reconocimiento, con mayor ternura que nunca, exclamó Sofia.

— No hay mas que un hombre á quien yo puedo cederle. Hijo de Carlos Haughton, toma mi tesoro.

— Consiento en ello, dijo Vance, aunque se me echa á un lado como al *baron feroz*; y vos, Lionello mio, comprendereis que si Vance es un avaro, tanto mejor para su sobrina.

— Pero... murmuró Lionel.

¡Oh! no hay que dudar. Los ojos de la jóven expresan su rubor. Es tímida pero no resiste. No es ya la hija proscripta de la ignorancia y del fraude; es la hija del arte y de la poesía.

— Supongo, dijo Alban, que á Lionel no le desagradará ahora saber que su regimiento debe ser sustituido por otro. Un amigo mio, empleado en el ministerio de la Guerra, me lo ha dicho poco antes de mi salida de Lóndres. Debe pues resignarse por algun tiempo á vivir dichoso sin gloria. Venid aquí, Jorge, tengo que deciros una palabra en secreto.

Y Alban, llamando aparte á su sobrino, le habló del estado de Jasper y de los informes de Arabela.

— Ni una palabra de esto ahora al pobre Willy, añadió. No aumentemos su sentimiento por haber perdido á su nieta; no emponzoñemos el consuelo que experimenta con la felicidad de Sofia. Mañana verás al pecador arrepentido y preparas al padre á la desgracia que le amenaza. Ayer vi al doctor F.; solo da algunas semanas de vida á Jasper, y le compara á una montaña no solo desmoronada por un temblor de tierra, sino tambien consumida por su propio fuego interior.

— ¡Solo algunas semanas! dijo Jorge suspirando. El tiempo que es todo al parecer para el hombre, no existe para Dios. Debo hablar, exhortar, dar valor y consuelo al anciano; él me preparará á auxiliar á su hijo en el lecho de muerte.

— ¿Puede creerse, dijo el hombre de mundo, en la eficacia del arrepentimiento en el lecho de la muerte, cuando el pecador ha perdido hasta la posibilidad de pecar?

— Creo, respondió el predicador, que cuando el hombre está en buena salud, es muy peligroso que aplase su arrepentimiento; pero creo tambien que no existe ningun peligro en arrepentirse en el lecho de la muerte.

Alban se quedó pensativo, Jorge se separó de él para reunirse con Waife á quien Vance referia cómo se habia descubierto su parentesco con Sofia, mientras Fairthorn sin dejar de escucharle sacaba su flauta del bolsillo y empezaba á armar sus piezas, impaciente por poner en música sentimientos que su lengua indiscreta no hubiera podido nunca expresar.

El coronel fué á buscar á Darrell para darle mas pormenores de aquella historia.

Aquí son necesarias algunas aclaraciones.

La hermana de Vance murió al dar á luz á su hija. El jóven poeta dotado de un alma sensible, unida á un cuerpo poco á propósito para resistir violentas emociones, quedó en la imposibilidad de luchar contra la pobreza. Defraudado en sus esperanzas de gloria y de fortuna, dependiendo para subsistir del jóven hermano de su mujer, abrumado de deudas en un pais extranjero, habia empezado ya á desfallecer antes del

terrible golpe, ante el cual desaparecieron las demás aficciones. Aquel golpe le aniquiló; pocos dias después que su mujer, murió dejando una niña de una semana escasamente. En la misma casa que los jóvenes esposos vivia una cantante francesa de bastante fama. Aquella mujer que hacia entonces una excursion por las provincias, tenia un corazón compasivo, mas comun que la prudencia y la moralidad en las personas que desertan del mundo real y prosaico por el mundo brillante de la ficción; socorrió á los jóvenes esposos en sus últimos dias, asistió al nacimiento de la niña y á la muerte de la madre, y prometió á Arturo Branthwaite, cuidar de su niña hasta el momento de poder enviarla en toda seguridad á los parientes de su esposa, aunque el desgraciado jóven confesó llorando que pobres como él aquella carga seria para ellos muy pesada.

La cantante escribió á Mrs. Vance para anunciarle la muerte de su hija y de su yerno, así como el nacimiento de la niña que se proponia enviar á Inglaterra; pero entre tanto se aficionó tanto á la pobre criatura con ese amor apasionado por los niños, tan peculiar de las actrices francesas, sobre todo de las que no son madres; porque las afecciones domésticas de que su profesión les separa no mueren en el corazón de la mujer mas que con la mujer misma; la cantante, repetimos, cobró tanto afecto á la huérfana á quien servia provisionalmente de madre, que no pudo decidirse á separarse de ella y resolvió adoptarla. Conociendo la posición de Mrs. Vance; con la convicción de que la niña, que era una bendición para ella, no seria mas que una carga para sus parientes, la artista desechó todo escrúpulo de su alma acostumbrada á obedecer, sin resistir, á todos sus instintos. Por lo tanto escribió á Mrs. Vance, que la niña habia muerto esperando que su carta convenceria á una gente tan pobre, no pudiendo sospechar en ella ningun interés en mentir. La cantante no se equivocaba. Mrs. Vance y su hijo tenían en ella entera confianza; debian á aquella mujer un profundo reconocimiento por sus bondades hacia los jóvenes esposos y no pusieron en duda ni por un momento la muerte de la niña. La cantante partió para una ciudad donde la llamaba un ajuste. La niña que hasta entonces se habia criado con el biberon empezó á desmejorarse; el médico aconsejó que la pusieran ama y la cantante la confió á la nodriza á quien Jasper habia confiado poco tiempo antes á su hija. Esta última murió, y la nodriza acompañó á París á la cantante que acababa de ajustarse en el teatro de la Opera. La artista murió tambien dos años después víctima de una epidemia. Como habia vivido siempre sin pensar en el dia de mañana y sus deudas excedian á sus recursos, todo lo que poseia fué vendido después de su muerte. La nodriza que habia quedado viuda en aquel intervalo buscó un refugio y consejos en su hermana, que estaba entonces al servicio de Gabriela Desmarests. Esta, á quien quisieron interesar en favor de la niña supo su historia, leyó la declaración que la cantante habia escrito y firmado en presencia de un notario, se enteró de las cartas de Mrs. Vance así como de las del jóven Frank, dirigidas á la cantante y á los padres de la niña, que la artista habia conservado, se convenció de la pobreza de los protectores naturales de la huérfana, y dijo á Jasper que estaba en posición de poder disipar la fortuna que habia heredado de su mujer y de su hija.

— Hé aquí, le dijo, una ocasión, aprovechándose de ella hábilmente, de conservar vuestro poder sobre un suegro rico, cuando ya se han agotado todos los otros recursos. No tenéis mas que decirle que esta niña es su nieta, fácil nos será ganar á la nodriza para que confirme esta historia. Yo, á quien vuestro suegro conoce como la respetable baronesa, amiga de vuestra Matilde, puedo dar un aspecto de verosimilitud á todo esto. Ese hombre que vive solo, sin hijos, se regocijará al pensar que aun le queda un lazo en este mundo. La niña es de una notable belleza, su semblante abogará en favor suyo. Su corazón le predispondrá naturalmente á dar fe á vuestra palabra, y de ese modo no hará indagaciones demasiado minuciosas. Apoderaos de la niña. En vuestro pais encontrareis quien quiera encargarse de ella á poco costo, hasta que tengais necesidad de presentaros á vuestro suegro reclamando su auxilio.

Jasper consintió en lo que deseaba Gabriela con aquella indiferente docilidad que la inspiraba la astuta inteligencia de aquella mujer. La nodriza comprendió que nada podria ganar entregando la niña á sus parientes que eran tan pobres; acaso no darian crédito á sus palabras, y no podia esperar de ellos ninguna recompensa. Por verse libre de la niña y poder volver á su pueblo con algunos centenares de francos en el bolsillo, no hubo promesa que aquella mujer se negara á hacer, historia que no se comprometiera á contar, ni papel que se negase á firmar. Jasper, que justamente tenia que marchar á Lóndres para una de sus expediciones aventureras, se llevó consigo á la niña y se la confió á Arabela. El lector comprenderá ahora la indiferencia de Jasper por una niña que no era su hija, y la dureza con que combinó la separación de su padre y de Sofia; porque la niña no era á sus ojos mas que una carga onerosa para el crédulo protector, á cuyo amor la habia impuesto fraudulentamente, y para él mismo como un instrumento que no podia soportar un serio examen, pero á quien no podia resolverse á abandonar, cuando sus primeras proposiciones habian sido rechazadas con indignación, contra las previsiones de Gabriela, que tenia una

gran experiencia de la credulidad humana, pero que no conocía de ningún modo el carácter de Darrell. El lector comprenderá también por qué en su última entrevista con su padre había retrocedido Jasper á la idea de decirle: «Sofía no es vuestra nieta;» temía por una parte que su padre le hiciera traición, y además no quería arrebatar al buen anciano una ilusión que hacia su único consuelo. No se le ocurrió tampoco la idea de recurrir á los verdaderos parientes de la niña, porque los creía tan pobres como él. ¿Cómo podrían pagar el rescate de la hija de los jóvenes esposos á quienes, según sus propias cartas, habían intentado en vano salvar de la miseria? Semejante idea le hubiera parecido absurda, y hacia mucho tiempo que había olvidado la existencia de semejantes gentes. La nodriza había conservado afortunadamente la declaración de la cantante, las cartas de M. Vance y de Frank, la partida de bautismo de la niña, algunas pobres reliquias, recuerdos de los desgraciados padres de Sofía, manuscritos de Arturo, gorros de niño con iniciales y escudos de armas bordados por la joven madre antes de su parto.

La cantante había entregado todos estos objetos á la nodriza, que á su vez los entregó voluntariamente á Mrs. Crane, prestando al propio tiempo su declaración confirmada por el testimonio de su hermana, la antigua confidente de Gabriela Desmarts. Mas dichosa que su ama, aquella mujer había comprado algunos bienes en aquel pueblo donde se habían deslizado los días inocentes de su infancia, viviendo con el producto de lo que había economizado del salario de un servicio que no tenía tampoco nada de inocente. Aquellos hechos fueron confirmados también por muchas personas cuyo testimonio, remontándose al nacimiento de Sofía, iba siguiendo á la niña paso á paso hasta el momento en que fué entregada á Jasper, y finalmente por la corta, aunque clara, confesión que el mismo Jasper había escrito con trémula mano.

De este modo fué aclarándose aquel tenebroso misterio como una madeja desenmarañada por hábiles dedos. ¿Cuántos años de dolor se hubiera evitado Darrell, si hubiera visto é interrogado él mismo á la nodriza, si sus indagaciones no hubieran sufrido las trabas de las susceptibilidades de su orgullo, si aquel gran orador hubiera sido su mismo cliente!

Darrell devolvió en silencio á Alban Morley los papeles que acababa de examinar paseándose por la orilla del lago.

— Está bien, dijo, dirigiendo á la antigua casa salvada ya de la ruina, la mirada de ternura que Fairthorn había dirigido antes que él; está bien, repitió mirando mas lejos hacia el espino, donde podía entrever el gracioso semblante de Sofía; ¡está bien! dijo por tercera vez suspirando. ¡Pobre naturaleza humana! ¿Queréis creerlo, Alban? Yo que tanto temía que esa pobre niña fuera realmente de mi sangre, experimento un vacío al saber que ningún lazo me liga á ella. ¡Soy pariente de Lionel en un grado tan lejano!... ¿Qué puedo ser para su esposa y para sus hijos? Un anciano rico, cuya muerte no llegará nunca demasiado pronto. Algunas lágrimas, después del testamento. Pero como dice vuestro sobrino, esta vida es una escuela. ¡El primero que sale del colegio parece tan viejo al último que ha entrado! y cuando miramos el pasado, nuestra entrada y nuestra salida parece que ha tenido lugar el mismo día.

— Yo creía, dijo tristemente Alban, haber terminado al menos por algún tiempo con los objetos penosos. Vos no habeis salido aun del colegio, Darrell; salud de él con gloria, llevando el primer premio.

Y Alban empezó á hablar de la crisis. Fué elocuente en su discurso, habló de su partido, de su país, de la gran misión que se le confiaría á Darrell si consentía entrar en el gabinete, en la Cámara de los pares, en la casa de Vipont; en una palabra, fué elocuente como Ulises arengando al hijo de Peleo en *Troilus y Cressida*.

Darrell escuchaba con frialdad; sin embargo, al hablar Alban de la gran misión á la cual se había consagrado cuando aquella idea no aparecía aun bastante madura para los hombres de estado prácticos, los ojos del orador resplandecieron con el fuego de la juventud. Una gran verdad arroja eternamente una gran luz para el corazón generoso que la ha contemplado en su germen y ha previsto sus resultados. Pero cuando Alban dejó de hablar de aquel objeto, todo lo demás apareció sin interés para su oyente. Entonces se encontraban al otro lado del lago; al llegar á las corpulentas hayas, que inspiraban á sus propietarios recuerdos tan dulces y tan dolorosos á la vez, se detuvieron.

— Mi querido Alban, dijo Darrell, no tengo ya la juventud y la energía necesarias para volver á entrar en la turbulenta arena que he abandonado. ¡Ah! mirad cómo se pasean Lionel y Sofía por allá abajo. Dadme, no digo la juventud, sino la esperanza de Lionel, y aun podré anhelar la gloria, y aun tendré una voz para mi patria; pero ¡ay! es una triste verdad, cuando un hombre se encuentra privado de los gozos domésticos, existe un lazo menos entre él y su país. La ambición vulgar, la sed egoísta de poder podrán existir en él aun; pero estos sentimientos no han tenido nunca mucho influjo conmigo, y hoy ceden al deseo del reposo. Esa bella, esa benéfica y gloriosa unión de todas las afecciones del ciudadano, que empiezan en la familia y abraza al país entero, no se ha hecho para el retiro de un ermitaño.

Alban desesperado iba ya á renunciar á su argumentación, cuando volviendo casualmente los ojos ha-

cia la parte mas espesa y mas lejana del bosque de hayas, distinguió... no es ahora del caso decir lo que distinguió, pero dirigiendo sus pasos en la misma dirección, se sentó sobre las nudosas raíces de un árbol, verdadero rey de las selvas, que extendía á lo lejos sus ramas como el haya clásica bajo cuya copa descansaba Titiro en otro tiempo.

Allí, oculto á todas las miradas, como si hubiese escogido expresamente el lugar mas sombrío y retirado, dijo con voz lenta, con aquel tono lánguido y dulce de su culta locución:

— Traigo para vos un mensaje de lady Montfort. Hombre incorregible, aproximaos y escuchadme tranquilamente. Estoy rendido de cansancio.

Darrell se acercó, se apoyó en el tronco del árbol, y cruzándose de brazos, dijo con voz alterada:

— ¡Un mensaje de lady Montfort!

— Si, yo he debido ya decirlos que en su calidad de mujer ha vencido, donde yo en mi calidad de hombre y á despecho de todos mis esfuerzos he sido completamente derrotado. Ella ha descubierto á Arabela Fosset, por otro nombre Crane, y ha obtenido los papeles que disipan las crueles dudas que emponzoñaban vuestra vida. Yo he insistido en que me acompañe aquí y os entregue ella misma los papeles; pero ella se ha negado; no merecís que ella se tome este trabajo por vos, mi querido Guy. La he rogado también que me permitiese al menos mostraros la confesión de Jasper Losely, donde declara todos los medios de que se valió para engañarla con respecto á vos; era un complot hábilmente urdido que hubiera servido de disculpa para cualquier joven delicada y orgullosa de la menor reconvencción de ligereza ó de imprudentes celos; pero á lady Montfort no le importa ser disculpada, para ella vuestra opinión no tiene valor alguno. Volviendo á mi mensaje, lady Montfort me ha rogado os diga que si persistís en encerraros en vuestra celda de ermitaño por el temor de encontraros con ella, si la creéis un obstáculo á vuestro reposo, podéis desahogar tan absurdos temores. Va á marchar fuera de Inglaterra, y, quede esto entre nosotros, querido amigo, creo que no tardará seis meses en volver á casarse. Yo la he hablado de vuestros dolores, pero ella me ha respondido que no le inspiraban la menor compasión.

— ¿Cómo os habeis atrevido á hablar así de mí, Alban Morley? exclamó Darrell pálido de cólera.

— Pega, pero escucha. Es verdad que vos no quisisteis decirme la última vez que vine á Fawley, que lady Montfort era la causa de vuestra vida retirada, de vuestra carrera interrumpida; pero yo no tenía la menor duda de ello. Sea como quiera, dejadme acabar antes de estrangularme. El afecto que lady Montfort os profesaba ha cambiado evidentemente, porque me ha encargado que añada que espera que emplearéis todo vuestro buen sentido, todo vuestro orgullo en vencer un sentimiento absurdo y romántico tan desagradable para ella y tan...

— ¡Eso es falso! ¡Eso es falso! ¿Qué os he hecho, coronel Morley, para que me calumniéis así? ¡Yo, yo encargaros de tan insultante mensaje! M. Darrell, vos no podeis creerlo, vos no lo creereis.

Carolina Montfort apareció entre los dos amigos, como llovida del cielo.

Una sonrisa de triunfo y de ironía asomó á los labios del coronel, pero desapareció bien pronto ante el semblante de Darrell y de Carolina. Alban se inclinó involuntariamente, murmuró algunas palabras ininteligibles y desapareció.

La aparición de Carolina en aquel lugar no había sido concertada ni premeditada: había consentido en acompañar á su primo á Fawley, pero antes de llegar á la empalizada del parque, le abandonó el valor y quiso quedarse en el carruaje. El coronel, que debía regresar á Londres lo mas pronto posible, cualquiera que fuese el resultado de la misión política que llevaba á Darrell, no podía permanecer mucho tiempo en Fawley, y Carolina habla resuelto volver con él.

La presencia de Vance y la impaciencia de este por abrazar á su sobrina, no habían permitido al coronel insistir ni argüir. Herido por aquella nueva experiencia del carácter caprichoso de las mujeres, se dirigió á pie con Vance á la casa señorial.

Sola, pues, Carolina, no pudo soportar el silencio y la inacción que aumentaban la agitación de sus pensamientos. Queriendo dirigir una mirada, acaso la última, al teatro de su feliz infancia y sus primeras ilusiones, siéndole necesario dar solamente algunos pasos en el recinto de aquella limitada posesión para distinguir, á través de las copas de árboles, la antigua casa, el inolvidable lago, para divisar tal vez por última vez á Darrell, se apeó del carruaje, dió algunos pasos y se internó en el bosque en el momento en que Darrell y Alban daban bruscamente la vuelta por aquel lado del lago. En su fuga precipitada, Alban distinguió su vestido, y el lector comprenderá con qué objeto se decidió el astuto coronel á dar en el acto y sin el menor escrúpulo el último golpe. Sus palabras clavaron al principio, por decirlo así, en el suelo los pies de Carolina, y la impulsaron por último á presentarse.

Trémula, confusa ante aquel hombre sorprendido y extraño á cualquier sentimiento, diferente al del inexplicable placer de encontrarse á su lado; Carolina murmuró algunas palabras para explicar cómo se encontraba allí por casualidad; pero sus palabras cada vez eran menos inteligibles, y su confusión cada vez mayor. ¿Cómo explicar, en efecto, el encanto á que había cedido?

De pronto se hicieron oír al otro lado del lago los sonidos de la flauta. Carolina enmudeció.

— ¡Otra vez! dijo Darrell como si estuviera bajo la influencia de un sueño; ¡otra vez la misma música, el mismo aire! Y este es el mismo sitio en que estábamos juntos cuando me atreví á decir por primera vez: «¡Yo amo!» Mirad, estamos también bajo el mismo árbol, hé aquí la fecha que yo grabé sobre su tronco cuando partisteis, dejando en pos de vos la esperanza. ¡Ah, Carolina! ¿por qué no puedo resignarme á envejecer? ¿por qué, mientras os hablo, siento en mi corazón el fuego de la juventud? ¿Por qué no puedo decirlos: «Acepto con reconocimiento vuestra tierna amistad, olvidemos el pasado, y mientras permanezca en el mundo, sed una hija para mí?» No, yo no puedo... no puedo decirlo... Partid.

Carolina se aproximó á Darrell con dulce timidez.

— Si, Darrell, si, aunque solo me consideréis de ese modo, dejadme ser algo para vos.

— ¡Ah! replicó Darrell con amargura, ahora no me engaños. ¿Confesáis que cuando nos prometíamos eterna fe, bajo estos mismos árboles, vos en todo el esplendor de la juventud, yo en el vigor de mi vida, no experimentábais por mí ese amor inalterable, sordo á la calumnia, inaccesible á todas las tramas urdidas contra el ausente, ese amor ardiente como el corazón, inmortal como el alma?

— No, Darrell, pero yo creía experimentarlo.

— ¡Por último, prosiguió con triunfante sonrisa, como si se complaciera en su propia angustia, confesais la verdad! Y cuando, después de quedaros libre, me escribisteis la carta que yo os envié hecha pedazos, cuando perdonando la rudeza de mi lenguaje y de mis reconvencciones, me hablasteis con tanta dulzura hace algunas semanas, ¿cuáles eran vuestros sentimientos? ¿No experimentábais un generoso remordimiento, una compasión semejante á la que hace que el rico se aproxime al pobre, un recuerdo de gratitud, de afecto filial acaso? ¡Oh! sí, vuestros sentimientos eran entonces generosos, amigables, impregnados de esa dulzura natural á la cual no puedo menos de hacer justicia; pero no estábais bajo el imperio del amor.

— Darrell, tenéis razón.

— ¿Lo confesais, y consentís en que aun os miren mis ojos? ¡Mujer frívola y cruel! ¿es para gozaros del poder que aun ejercéis sobre mí?

— ¡Ay, Darrell! ¡Ay! ¿por qué estoy yo aquí? ¿por qué he deseado y he temido tanto venir? ¿Por qué ha desfallecido mi corazón á la vista de estos árboles? ¿por qué ¡ay! por qué me ha arrastrado aquí un encanto irresistible? ¡Ay, Darrell! yo soy mujer, y... y lo que ahora siento es...

Carolina bajó su velo y se volvió como para alejarse; sus labios no podían articular aquella palabra, porque aquella palabra no era ni piedad, ni remordimiento, ni aun amistad, y amaba demasiado para exponerse á una repulsa... era amor.

— Quedaos, ¡oh! quedaos! exclamó Darrell. ¡Ah! si yo me atreviera á suplicaros que termináseis la frase! Yo siento por la misteriosa simpatía de mi alma, que no podríais engañarme mas tiempo. ¿Es... es...?

También á Darrell le faltaba la voz; pero la mano de Carolina estrecha la suya; su cabeza está inclinada sobre su pecho.

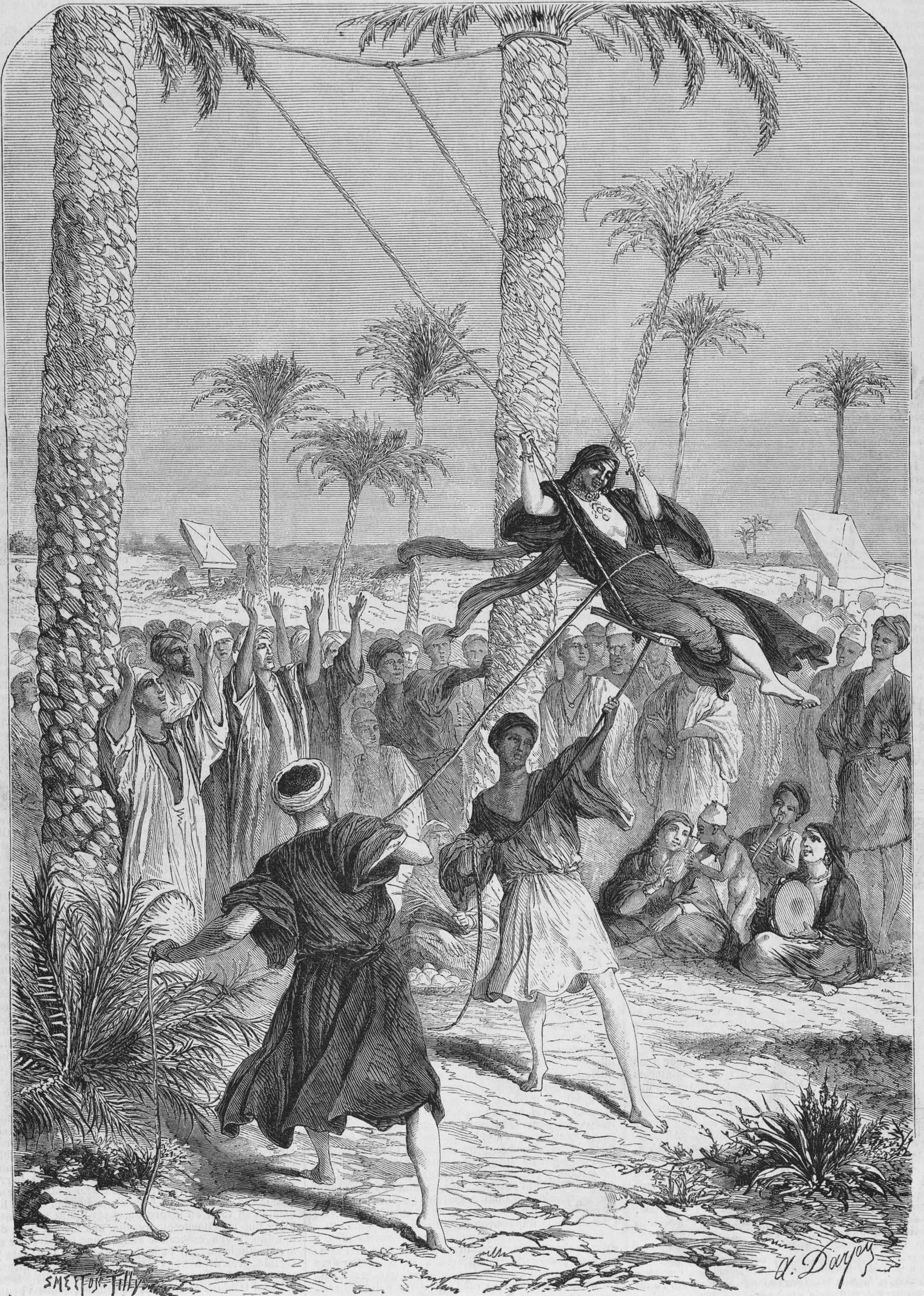
— ¡Y ahora, murmuró á su oído separando el velo de su bello rostro, ahora mía hasta la tumba! ¡Oh! por este santo beso, vuelve á ser la Carolina de otro tiempo.

Los sonidos de la flauta se oyen aun á lo lejos, y su dulce armonía se mezcla con el aire que respiran; el sol descende en paz hacia su ocaso; no se ve ni una nube en el cielo, cuyo brillante azul que se divisa á través de los árboles despojados de hojas, hace resaltar la sombría verdura del madroño y del laurel.

Lionel y Sofía están sentados sobre un viejo tronco cubierto de musgo; y entre ellos el anciano, como si hubieran convenido olvidarse el uno al otro un momento, para hacerle comprender cuánto le aman. Sofía con las dos manos sobre sus hombros le mira tiernamente y murmura á su oído palabras mas dulces que el arrullo de la tórtola. ¡Ah! no temas nada, Sofía, él es dichoso, él no piensa nunca en sí mismo. ¿No ves la sonrisa que vaga sobre sus labios? Mira con qué solemne gravedad llama á Vance la atención sobre sir Isaac, y el pintor se acaricia la barba y se pregunta qué hubiera sucedido si en otro tiempo se hubiera negado á dar aquellas tres libras tan perfectamente empleadas.

Detrás de este grupo, el predicador grave y pensativo piensa en el dolor del anciano, cuando al día siguiente sepa que un hijo culpable se encuentra próximo á su fin, y que él podrá darle el último consuelo con su perdón. ¿Y no es él también quien debe consolar á los dos desgraciados que quedan en la tierra para llorar á aquel gran culpable? En cuanto al anciano, aun hay consuelo para él; la bondad divina ha medido su valor en la prueba, y ¡ay! para semejante hijo ¿qué mas puede esperar que una muerte libre de oprobio, y una esperanza aun de que se salve por el arrepentimiento? ¿Y la mujer de rígidas facciones y vestido gris de hierro? Bien pronto se concentrará sobre ella el interés del eclesiástico.

Mirad también al traidor, al músico, sobre el cual parece caer con reconocimiento la sombra de la casa que ha salvado; aun ignora el cambio feliz que acaba de operarse en el destino de su amo, que en breve



COSTUMBRES EGIPCIAS. — El juego del columpio en las fiestas del Cham-el-Nezim.



El mandato imperativo.

— Cuidado con que olvidéis esto : que si te enviamos á la Cámara, es para echarte á palos á ti y á los demás diputados.



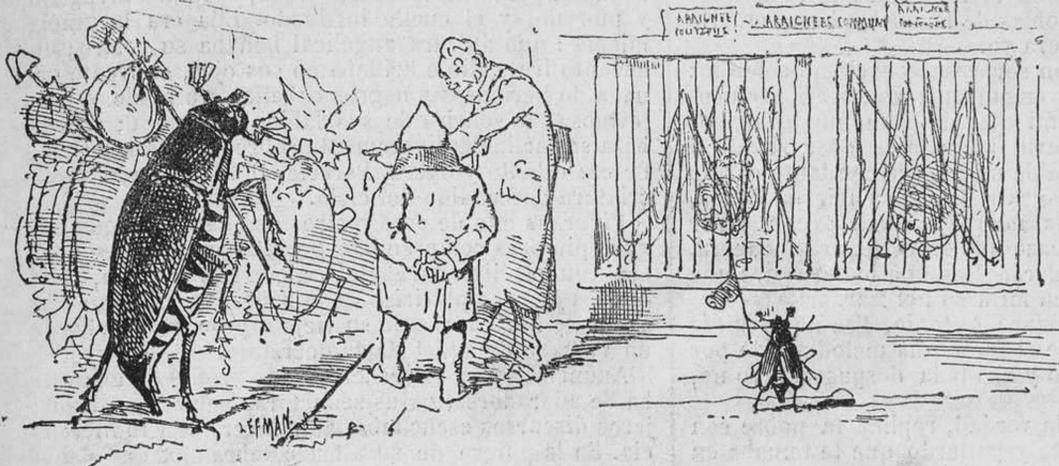
Las fuentes de Wallace.

— ¡Qué idea! Regalar agua á un ciudadano francés... El señor inglés ha tenido ganas de divertirse.



Revista dramática : Corneille y Busnach.

— ¡Querido Busnach! puedes conceptuarte muy dichoso de vivir en estos tiempos de progreso. Si yo viviera ahora, te suplicaría con mi hermano Tomás, que nos dieras entrada en la pieza.



Visita á la Exposicion de los insectos.

— En Francia el gorgojo se pega al trigo, el acaro á la patata, el salton al cerebro de los franceses y la araña á sus sesos. ¿Quién no ha tenido su salton ó su araña en el techo? El presidente propone una recompensa nacional al *mismaque* que libre á la Francia de esos insectos inútiles.



Exposicion de los insectos.

— Las pobres abejas sí que están bien expuestas.



Exposicion de los insectos.

— En cuanto á los zánganos, á la colmena.



El Centenario.

— ¡Gracias, Dios mio, gracias! ¿No es verdad, que vivirás largo tiempo?



El Vaso de plata.

— Danza comunista en Lóndres. — Si Gambetta puede asir el vaso, que no se haga ilusiones, el vaso es para nosotros.



Rabagas.

— No, señores, no, fué un eclipse fingido : vuelvo con mas furor que antes.



Las inundaciones.

— El Ródano sale de madre para ver al ciudadano Gambetta; pero viendo á otro se vuelve á su cauce inmediatamente.



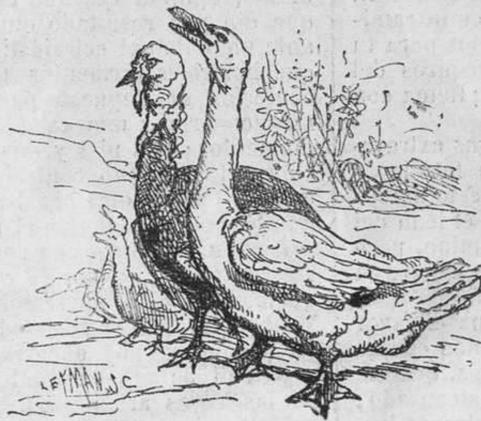
En el Mediodia.

— Habeis tenido las inundaciones de los prusianos, del Ródano y del Loire : ¿á qué nada de eso se atreve con Marsella?



Las elecciones.

— Yo no entiendo una jota; pero basta que el amo vote blanco, para que el portero vote de otro color. Es mi sistema.



Las noticias.

— Los mensajeros mas acreditados en las circunstancias presentes.



Mandatos imperativos.

— Si te incomoda estar en la Cámara, vuélvete aquí y nos reiremos juntos.

terminará para hijos nacidos de la sangre de Darrell, aquel edificio que se levanta allá abajo como un esqueleto, y consagrará á mas nobles objetos una vida estéril hasta entonces. El músico no sospecha la alegría que su infame traición á Sofía debe causarle; pero se diría que, gracias al instinto de que parecen dotados los músicos, expresa su alegría en las dulces notas de su flauta. La dicha que aun no conoce, hace melodiosa su flauta, como al canto de las aves la aproximación de la primavera.

Alban Morley parece examinar el dibujo que su amable sobrina somete á su crítica, antes de aventurarse á enseñárselo á Vance, pero mira por debajo hacia el sitio del bosque donde la antigua haya domina á sus amigos, y dice entre sí:

— Apuesto diez contra uno á que la antigua casa de Vipont resistirá á la crisis, y mil contra uno á que tendré al fin un sillón en el hogar de mi antiguo compañero de colegio, Guy Darrell.

Y el lago está tranquilo como un espejo; y los cisnes, escuchando tranquilamente la música, apoyan sus blancas pechugas en la yerba de la orilla; y la gama en pie, con las patas sumergidas en el agua, busca con mirada dulce y cariñosa á su amo. El sol brilla sobre las corpulentas hayas. Mirad, ya salen del sombrío bosque, dorados por los rayos del astro del día, próximo á su ocaso, ya se acercan... Ya están aquí. Darrell y su compañera, dos existencias que se han comprendido, dos almas unidas, unidas para siempre. Amen.

FIN.

El columpio del Cham-el-Nezim.

Una de las grandes alegrías del Cham-el-Nezim, la fiesta del aire, es el juego del columpio.

Es un columpio primitivo atado á una grande altura en las palmeras. La cuerda, que en el que conocemos nosotros, se ata al respaldo del asiento y sirve para acelerar su movimiento ascensional, queda libre en el juego egipcio, y tienen los cabos dos árabes que la hacen pasar con mucha destreza por delante del columpio cada vez que este baja.

Grande es el gozo de la doncella cuyo largo velo agita en todos sentidos el viento. El movimiento del columpio se acompaña con una canción cuyo compás marcan con las manos los espectadores. A veces el tamborcillo y la flauta se mezclan en la fiesta, con lo cual llega al colmo el alborozo de esa humilde gente.

A. D.

Cuentos de Hoffmann.

MARINO FALIERO.

(Continuación. — Véase el número 1,035).

Sin darse él cuenta á sí propio de lo que hacia, Antonio la cogió por un brazo y la condujo á pasos lentos al través de la plaza de San Marcos.

Por el camino le decía ella:

— ¿Ves en el suelo esas manchas de sangre? Sí, sangre, mucha sangre, de la cual nacerán lindas rosas encarnadas para coronarte á tí y á tu amada. ¡Dios mio! ¿Qué ángel de luz se avanza hacia tí sonriendo? Sus brazos se abren para estrecharte en ellos... ¡Oh, Antonio, hijo feliz! prosigue con ardor tu camino y cogerás mirros á la luz de la luz, mirros para tu amada, para la joven viuda. ¿Oyes los suspiros del viento, el murmullo melancólico del mar? ¡Rema con valor, Antonio, rema con valor!

Antonio se estremeció de terror al oír esas extravagantes palabras pronunciadas en un tono fatídico é interrumpidas por algunas carcajadas. En esto ambos llegaron al pie de la columna que sostiene el león del Adriático. La vieja quería continuar su camino, pero Antonio, cansado de sus extravagancias, se detuvo en aquel lugar, diciéndole bruscamente:

— Siéntate sobre esta escalinata, y hazme el favor de hablarme en lenguaje mas sensato; verdad es que tú has visto brillar mis cequies en las nubes, que me has predicho la felicidad que despues he alcanzado; pero ¿á qué viene ahora hablarme de ángeles de luz, de amadas, de viudas virginales, de mirros y de rosas? ¿Quieres deslumbrarme, fascinarme y arrastrarme á cometer alguna acción extravagante que me precipite en un abismo? Tendrás tu nueva capucha, pan, cequies, cuanto quieras, en fin; pero déjame que me aleje.

Antonio intentó separarse de la anciana, pero esta

le detuvo por el ferreruelo, y le dijo con voz penetrante:

— Tonino, Tonino; mírame otra vez ó corro al borde de la plaza y me precipito desesperada al mar.

Antonio por no excitar mas la atención de los transeúntes, se detuvo.

— Siéntate, repuso la pobre. Es preciso ya que te lo cuente todo.

Antonio se sentó sobre las gradas de la columna, volviéndose de espaldas á la vieja y sacó un libro de cuentas, cuyas limpias hojas atestiguaban la lealtad con que comerciaba en Rialto.

— Tonino, murmuró la vieja; cuando miras mi rostro surcado de arrugas, ¿no recuerdas haberme visto en otro tiempo?

— Ya te he dicho, respondió Antonio sin volver la cabeza, que me siento arrastrado hacia tí por una atracción inexplicable, que no procede ciertamente de tu repugnante rostro; al contrario, cuando veo tus ojos negros y chispeantes, tu puntiaguda nariz, tus lívidos labios, tu saliente barba y tus cabellos grises; cuando oigo tu desagradable risa, y tus estrambóticas frases, experimento una sensación desagradable que me aparta de tí, y creo que para ejercer la atracción que sobre mí tienes, te has valido sin duda de horribles sortilegios.

— ¡Dios mio! exclamó la anciana con un acento inexplicable de dolor. ¿Qué demonio ha podido inspirarte esa idea? Tonino, mi querido Tonino, la mujer que tanto te cuidó en tu infancia, que te arrancó en medio de las tinieblas de la noche á una muerte inevitable, esa mujer era yo.

Antonio se volvió con sorpresa, y exclamó colérico:

— ¿Crees tú poder engañarme así, vieja hechicera? Los recuerdos de mi infancia están muy grabados en mi corazón, y todavía me parece estar viendo á aquella tierna y agradable mujer que con tanto cariño me cuidaba. Su rostro era risueño, su mirada tierna, sus hermosos cabellos negros, y podría ella tener unos treinta años, al paso que tú ya tendrás ochenta.

— ¡Ah, Dios todopoderoso! ¿Cómo lo haré para que mi Tonino reconozca en mí á su fiel Margarita?

— ¡Margarita! murmuró Antonio. Ese nombre resuena en mi oído como si fuese una melodía oída por mi hace mucho tiempo y olvidada despues. Pero no, eso no es posible.

— No es mas que la verdad, replicó la pobre con calma. El hombre alto y gallardo que te tomaba en sus brazos colmándote de caricias, era tu padre, y la lengua que hablábamos era la alemana, pues tu padre era un rico y honrado mercader de Augsburgo.

Su joven y linda esposa murió al darte á luz, por lo cual no pudiendo tu padre soportar la vista de los lugares donde habia perdido á la que amaba, partió á Venecia, llevándome consigo. En esa noche fatal que tú me has hablado, sucumbió de resultados de un trágico acontecimiento que amenazó también tu existencia; pero yo conseguí llegar á tiempo de salvarle, gracias á la hospitalidad de un noble veneciano.

Mi padre, que era médico y dedicado, según se decía, á las ciencias misteriosas, me habia enseñado desde mi tierna infancia á conocer los secretos saludables de la naturaleza, por lo cual yo recorría los campos y los bosques recogiendo yerbas que, cogidas á cierta hora, producían un bálsamo vivificador.

A esta ciencia unía un don particular de que el cielo me ha dotado en sus inescrutables designios. Yo veo como en un espejo los acontecimientos futuros, y á mi pesar frecuentemente los refiero con palabras ininteligibles, cediendo al imperio de un poder desconocido, al cual no me es dado resistir.

Cuando me encontré sola y sin apoyo en Venecia, resolví servirme de mis conocimientos para subvenir á mi sustento, y en poco tiempo conseguí curar las mas graves enfermedades. Mi sola presencia ejercía una influencia saludable sobre mis enfermos, cuyos accesos calmaba con solo pasar las manos sobre su rostro, con lo cual se extendió mi reputación de un modo extraordinario y gané sumas considerables.

Entonces desperté la envidia de los médicos, curanderos y charlatanes que venden sus píldoras en Rialto y la Zecca envenenando á los enfermos en vez de curarlos, los cuales dijeron que yo tenia pacto con el diablo, opinión que fué cundiendo entre el pueblo y que dió por resultado que me prendiesen y llevasen ante un tribunal eclesiástico. ¡Ay, Tonino mio! ¡con qué horribles tormentos trataron de arrancarme la confesión del supuesto pacto diabólico! Pero yo permanecí firme: mis cabellos encanecieron en pocos momentos; mis pies y mis manos se paralizaron; mi cuerpo todo quedó contraído; todavía me restaba sin embargo sufrir otra prueba, el mas horrible tormento que ha podido inventar el infierno. El miedo pues de sufrirlo me arrancó una confesión de la que me estremezo todavía, y por la cual me condenaron á ser quemada viva. El terremoto que hundió el palacio de Venecia, me dió la libertad; las puertas del calabozo en que me hallaba encerrada cayeron por sí mismas, y yo salí de aquella tumba por entre los escombros de las casas arruinadas. Crees, Tonino, que tengo ochenta años; no, no es la edad, sino dolores inauditos los que me han puesto en este estado. A ellos le debo el tener el cuerpo descarnado, el rostro contraído, los cabellos como la nieve, paralizados los pies y esa risa, esa risa que te parece tan desagradable, es un recuerdo del último tormento que me hicieron sufrir, fué efecto de aquel dolor intenso que me produce todavía dolorosas convulsiones. No te asustes al

verme, Tonino; tu corazón ya te lo habia dicho: en tu infancia has reposado en mi regazo.

— Mujer, me parece que debo creerte. Pero ¿quién era mi padre? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué le sucedió en aquella noche horrible? ¿Quién me recogió á mí? ¿Qué es lo que me ha sucedido durante el curso de esta vida, cuyos vagos recuerdos me arrastran á un mundo desconocido y se pierden en un espacio sin límites? Cuando hayas respondido á todas esas preguntas, entonces te daré entero crédito.

— Tonino, contestó la vieja suspirando, me callo por tu bien, pero muy pronto... muy pronto... ya llegará el día. Pero ¡por Dios! permanece lejos de Fontego.

— ¡Ah! exclamó Antonio con cólera. No necesitas valerte de tus tenebrosas palabras para turbarme; mi corazón está agitado, necesito que te expliques ó...

— Detente, exclamó la vieja: no me amenazas, ¿no soy acaso tu fiel nodriza?

Antonio se levantó y se fué sin querer oír ya mas diciendo sin embargo á la pobre:

— Cuenta con tu capucha nueva y con los cequies que quieras.

II.

Era una cosa admirable ver al viejo dux Marino Faliero con su joven esposa. El estaba todavía fuerte y robusto, pero tenia la barba cana, el rostro arrugado y moreno, y el cuello inclinado. Ella era la gracia misma: una dulzura angelical bañaba su rostro; un encanto irresistible brillaba en sus ojos, su frente ornada de hermosos y negros cabellos era noble y majestuosa; la sonrisa de sus labios seductora; su cabeza se inclinaba ligeramente sobre su cuello, y su talle era esbelto y ligero. Parecía, en fin, una admirable criatura descendida del cielo.

Figuraos uno de esos rostros de ángel que los antiguos pintores comprendían y pintaban tan bien: tal era Anunciación. Arrebatada á cuantos la veían, y todos los jóvenes patricios de la señora la miraban con avidez, y burlándose de su viejo esposo juraban hacer un Vulcano de aquel Marte decrepito.

Anunciación se vió rodeada muy pronto de una nube de adoradores, cuyas seductoras palabras y lisonjeros discursos escuchaba, al parecer, con indiferencia. En la pureza de su alma comprendía que debia honrar á su noble esposo y guardarle la mas inviolable fidelidad, como si fuese su mas humilde sierva.

El era bueno y tierno para con ella, la estrechaba sobre su seno, ya frio por los años, la llamaba su amada, la colmaba de regalos y no trataba mas que de adivinar sus deseos. Anunciación, pues, no concebía serle nunca infiel, porque cuanto veía fuera del círculo de sus deberes, era para la cándida joven como un país desconocido, del cual no alcanzaba á ver ni las mismas fronteras.

Todas las adoraciones que se le prodigaron á la joven fueron inútiles; pero ninguno de los pretendientes demostró una pasión tan viva por la bella esposa del dux, como Miguel Steno, quien á pesar de sus pocos años ocupaba ya un alto destino en el Estado; pertenecía al consejo de los Cuarenta, estaba dotado de una singular belleza, y su espada se hallaba muy acostumbrada á vencer. No temía al viejo Faliero, quien por otra parte, despues de su matrimonio habia perdido su impetuosa cólera y sus arrebatos bruscos é imperiosos.

Cubierto con un traje muy esmerado, el dux se sentaba al lado de la linda Anunciación. Algunas lágrimas de ternura se deslizaban al través de sus largas pestañas blancas, y mirándola con amor y orgullo, parecía preguntar si alguien podia vanagloriarse de tener un esposa como la suya.

En vez del tono rudo é imperioso que acostumbraba tomar en otro tiempo, no tenia para todos mas que frases llenas de cordialidad; hablaba con una voz inusitante y cedía á las mas desagradables instancias. ¿Quién hubiera podido reconocer en aquel viejo dux, enternecido y debilitado, al orgulloso Faliero, vencedor de Morb-Hassan, á aquel Faliero que un día de procesion en Treviso habia dado un bofetón al obispo?

Esta debilidad, que se aumentaba de día en día, inflamó el ánimo de Miguel Steno, arrastrándole á las mas temerarias tentativas.

Anunciación no comprendía lo que Miguel solicitaba de ella con sus miradas y sus palabras; conservaba siempre la misma serenidad y la misma dulzura, lo cual precisamente desesperaba al joven patricio, quien resolvió recurrir á los medios extremos.

Este llegó hasta entablar una intriga con la camarera favorita de Anunciación, la cual le recibió en secreto de noche, y pensó con esto que ya se habia abierto un camino para llegar á la casta mansion de la joven esposa del dux; pero el cielo hizo recaer todo el temerario arrojado desplegado en aquella aventura sobre la cabeza del que la habia ideado.

Una noche, el dux que acababa de recibir la fatal nueva de la pérdida de la batalla de Port-Long por Nicolás Pisari contra Doria, se paseaba con inquietud por las galerías del palacio ducal. De repente ve una sombra que al parecer sale de la estancia de Anunciación y se desliza hacia la escalera: era Miguel Steno que acababa de dejar á su querida.

Un pensamiento horrible asaltó á Faliero, y arrojóse instantáneamente con un puñal en la mano sobre Steno, pronunciando el nombre de Anunciación; pero

el joven patricio mas ágil y fuerte, le derriba de un puñetazo, y huye riendo y repitiendo :

— ¡Anunciación! ¡Anunciación!

El anciano se levanta poseído de las furias del infierno, y se dirigió hacia la cámara de su esposa. Todo en ella estaba tranquilo y silencioso como el sepulcro. Llama á una camarera nueva á quien él habia apenas visto, y le abre la puerta.

— ¿Cuál es el deseo de mi noble esposo en esta hora avanzada de la noche? dijo Anunciación vistiéndose un ligero traje y adelantándose hacia el dux con la serenidad y dulzura de un ángel.

El anciano la mira, alza las manos al cielo y exclama :

— ¡No, no es posible!

— ¿Qué es lo que no es posible, mi digno señor? repuso Anunciación, asombrada del tono solemne de Faliero.

Pero él sin responderle se vuelve hacia la doncella, y le dice :

— ¿Por qué estás tú aquí? ¿Por qué Luisa no se halla en la cámara como de costumbre?

— Luisa, contestó la camarista, me ha rogado que la reemplace esta noche, y se ha quedado á dormir en la habitación que está junto á la escalera.

— ¿Junto á la escalera? exclamó Faliero con alegría saliendo precipitadamente de la estancia.

Luisa abre la puerta de la suya, y al ver las irritadas facciones y los brillantes ojos del dux, se postra de rodillas ante él y le confiesa su falta, obligada á ello tambien por un elegante par de guantes de hombre, olvidados sobre un sillón y con un fuerte olor á ambar.

Irritado el dux por la audacia insolente de Steno, le significó al otro día que le quedaba prohibida, bajo pena de destierro, la entrada en el palacio ducal, con lo cual Steno se puso furioso al verse desterrado de la presencia de su ídolo, y al ver tambien fracasar un plan fraguado con tanta astucia.

Cuando Steno miraba de lejos á la esposa del dux divirtiéndose inocentemente con otras jóvenes de la nobleza, imaginábase en su coraje que Anunciación solo le habia desdenado porque otros eran mas felices que él, y no vacilaba en decir en todas partes las sospechas que abrigaba.

Sea que el anciano Faliero se enterase de las injurias que propalaba Steno, sea que la aventura nocturna que tan honda impresion le habia causado, fuese para él como un aviso del cielo, sea en fin que á pesar de toda la confianza que le inspiraba su mujer, comprendiese el gran peligro en que le colocaba la diferencia de edades, lo cierto es que se volvió extremadamente desconfiado y suspicaz, y todas las furias de los celos le atormentaban á la vez, por lo cual cerró á Anunciación en el fondo de su palacio, sin permitir á ningun hombre que la viese.

Bodoeri abogó por su sobrina y reprendió al dux por su conducta con ella; pero todas sus advertencias fueron inútiles.

Todo esto ocurría poco tiempo antes del jueves de Carnestolendas, en el que era costumbre que el dux se colocase al lado de su esposa bajo un dosel en la pequeña plaza contigua al palacio para celebrar las fiestas que con motivo de aquella solemnidad se celebraban.

Bodoeri hizo presente al dux que se exponía á ser el blanco de los sarcasmos del pueblo y de la nobleza si no se conformaba con esta costumbre.

— ¿Crees acaso, contestó Faliero, cuyo amor propio sintió herido con tal observación, que temo que me roben mi tesoro y que mi espada no sabria defenderlo? No, amigo mio, te engañas : mañana por la mañana me presentaré en la plaza de San Marcos con Anunciación, de toda gala, para que el pueblo vea á su señora y para que el jueves reciba ella el ramo de flores del osado marino que descienda hasta ella de lo alto de los aires.

El dux hacia alusión con sus palabras á un antigua costumbre. El jueves de Carnaval un hombre del pueblo sube desde la orilla del mar por medio de unas cuerdas sujetas en la punta del campanario de San Marcos á una máquina semejante á un pequeño buque, y desde lo alto de la torre vuelve á bajar en ella al sitio en que están sentados el dux y su esposa, á la cual ofrece un ramillete de flores.

Al día siguiente Faliero cumplió lo ofrecido. Anunciación, vestida con la mayor magnificencia, rodeada de los patricios de la República y escoltada por una multitud de pages y guardias, se presentó con Faliero en la plaza de San Marcos, cuajada de un inmenso gentío que se estrechaba y sofocaba por ver á su hermosa señora, asegurando cuantos tenían la ventura de conseguirlo que era un ángel.

Sin embargo, en medio de ese general entusiasmo oíanse de vez en cuando dichos picantes y versos ofensivos al anciano Faliero, quien aparentaba no oírlos. Dominando sus celos, marchaba majestuosamente al lado de Anunciación, á pesar de ver que las mas ardientes miradas se fijaban por todas partes en su esposa.

Llegados á la puerta principal del palacio, los guardias habian conseguido no sin bastante trabajo separar de ella al pueblo, de suerte que no se veían mas que algunos grupos de ciudadanos distinguidos, á los cuales no habia sido posible negar la entrada en el patio interior. En el momento mismo en que la esposa del dux entraba en aquel sitio, un hombre apoyado contra una columna exclamó :

— ¡Días mio! y cayó sin sentido en tierra.

Todo el mundo acudió á socorrerle, por lo cual no pudo ser visto de Anunciación; pero el grito de aquel hombre fué para su corazón como una puñalada. Palideció, vaciló, y solo los cuidados que se apresuraron á prodigarle en el acto pudieron evitarle un desmayo. El viejo Faliero, inquieto y asustado maldijo al desconocido, y tomando en sus brazos á Anunciación, cuya cabeza se inclinaba con languidez sobre su cuello, entró con ella en su palacio.

Entre tanto ocurría en el patio una escena muy singular. Disponíanse ya algunos hombres á llevarse al joven al cual se creía cadáver, cuando una vieja fea, repugnante y cubierta de harapos, se abrió paso al través de la muchedumbre, y exclamó al distinguir al desconocido :

— ¡Dejadle, insensatos, dejadle, no está muerto!

Entonces se inclinó hacia él, colocó su cabeza entre sus rodillas y le frotó la frente dirigiéndole las mas cariñosas palabras. Al ver á esa horrible vieja encorvada sobre aquel joven cuyas encantadoras facciones permanecían pálidas é inmóviles, al ver los sucios harapos flotando sobre el rico traje de aquel joven, y aquellas manos amarillas y descarnadas acariciando una hermosa frente, hubiérase podido creer que el desconocido dormía en los espantosos brazos de la muerte.

La mayor parte de los espectadores, poseídos de un sentimiento de terror, se alejaron poco á poco, y algunos de los que quedaron condujeron en brazos al joven á una góndola del gran canal que la vieja les indicó y que se alejó al momento.

No creemos necesario decir que aquel joven era Antonio, y que la vieja era la pobre de la iglesia de los Franciscanos.

Cuando Antonio volvió en sí y vió á su lado á la vieja que le hacia aspirar una esencia vivificante, exclamó :

— ¿Eres tú, Margarita? ¿Eres tú?... ¡Ah! ¿quién sino Margarita pudiera cuidarme con tal cariño? Perdona á un joven insensato el haber dudado un momento de tus palabras. Sí, tú eres Margarita, tú eres la que me alimentó y crió en mi infancia, yo lo sabia, pero un espíritu infernal confundía mis recuerdos... Ahora te reconozco... ¿No te he dicho ya que sentía en mi interior un poder misterioso que me dominaba? De repente un rayo de luz acaba de herir mis ojos para producirme un arrobamiento inexplicable, para perderme. Yo todo lo sé... ¿No fué Bertuccio Nenolo mi padre adoptivo, el que me educó en su deliciosa quinta cercana á Treviso?

— ¡Ay! respondió la vieja; sí, fué Bertuccio Nenolo, el hombre grande sepultado en las olas cuando pensaba ornar su frente con la corona de la victoria.

— No me interrumpas, añadió Antonio, y óyeme con calma. Yo me hallaba perfectamente en casa de Bertuccio; iba bien vestido y siempre estaba la mesa dispuesta para mí. Cerca de la quinta habia un fresco y misterioso bosque de abetos lleno de perfumes y melodias.

Una tarde que me hallaba fatigado de correr, fui á sentarme al pie de un árbol alzando al cielo mis ojos en el momento en que el sol se ocultaba en el horizonte. Embriagado con el perfume de las yerbas olorosas, se cerraron mis párpados y caí en una especie de letargo, del que me sacó de repente un ligero ruido. Levantéme, y veo á mi lado un ser celestial que me observa sonriendo y que me dice con voz seductora :

— ¡Cómo, hijo mio, dormías tan descuidadamente mientras que la muerte, la horrible muerte estaba á tu lado!

Efectivamente, vi junto á mí una gran vibora que la desconocida habia muerto con una rama de avellano en el momento mismo en que el venenoso reptil iba á enroscarse en mi cuello. Me sentí dominado por una admiración indefinible, y recordé al punto que los ángeles descendían del cielo para salvar á los hombres; caí pues á sus plantas de rodillas, y elevando hacia la joven mis manos cruzadas, exclamé :

— ¡Ah! tú eres un ángel de luz que el señor se ha dignado enviarme para libertarme de la muerte.

Pero ella ruborizándose y extendiendo tambien sus brazos hacia mí :

— No soy un ángel, no soy mas que una joven, un ser mortal como tú.

Un arrobamiento no experimentado por mi jamás se apoderó de mi corazón, me levanté al punto, nos arrojamos el uno en brazos del otro, nuestros labios se encontraron y lloramos juntos de alegría y de ternura. Entónces resonó en el bosque una voz sonora que gritó :

— ¡Anunciación! ¡Anunciación!

— Es preciso que te deje, querido mio, me dijo la joven, mi madre me llama.

Al oír estas palabras me entristecí en extremo.

— ¡Ah! ¡te amo tanto! exclamé, sintiendo á la par correr sobre mis mejillas las ardientes lágrimas que derramaba la joven.

— ¡Y yo tambien te amo! respondió ella imprimiéndome un beso de despedida en mis labios.

— ¡Anunciación! gritaron de nuevo, y desapareció en el bosque.

Pues oye, Margarita; desde aquel día mi alma sintió la llama de una pasión que debía abrasarme para siempre.

Algunos días despues fui echado de la casa. Y como yo hablaba continuamente al padre Blaunas de aque-

lla celeste criatura, cuya voz me parecia oír en el susurro de los árboles, en el murmullo de los arroyos y en los mugidos del mar, que debia ser Anunciación que habia venido con su madre Francisca á aquella quinta para volver al día siguiente. Pues bien, Margarita, madre mia, ¡Dios tenga piedad de mí! ¡Esa Anunciación es la esposa del dux!

Y al decir estas palabras Antonio ocultó su cabeza entre las almohadas de su lecho, y empezó á sollozar.

— Querido Tonino, le dijo la vieja; no te desalientes : resiste con valor esa pena. ¿Por qué desesperar de tal modo en materias de amor? ¿Para quién se abren las flores de oro de la esperanza sino para los amantes? Ignoramos por la noche lo que ha de sucedernos al salir el sol, y muchas veces nuestros sueños se convierten en realidades.

El castillo que hemos visto flotar en las nubes, solemos encontrarlo despues en la tierra. Escúchame, Antonio : ya sé que no crees en mis palabras; pero yo te aseguro que el amor te espera sobre el mar, y que te sonrie de lejos. ¡Calma pues, mucha calma!

De este modo procuraba la pobre vieja consolar á Antonio, quien escuchaba cuanto le decia como una dulce y embriagadora música.

Llega por fin el jueves de Carnaval, día que debia ser celebrado con la mayor pompa. Sobre la plaza de San Marcos se levantó un taplado para unos sorprendentes fuegos artificiales que un griego habia preparado.

Por la tarde el anciano Faliero se asomó á la galería con su bella esposa, cuya hermosura excitaba la admiración y sorpresa de todos los circunstantes. En el momento de sentarse en el trono que se le habia destinado, notó á Miguel Steno que se habia colocado en la misma galería tan cerca de su esposa, que ella necesariamente habia de reparar en él. Arrebatado por la cólera y los celos, Faliero mandó con voz imperiosa que se le hiciese salir de aquel lugar. Steno prorumpió en amenazas, pero los guardias obedecieron y le hicieron abandonar la galería.

Durante este tiempo, Antonio, á quien la vista de su adorada Anunciación tenia fuera de sí, penetró al través de la multitud y se adelantó con la mayor emoción hasta la orilla del mar.

Preguntábase á si mismo si no valdria mas el arrojarse en las olas del golfo que ser victima por mas tiempo de tan intenso dolor : ya en el borde del muelle, iba á poner en ejecución su proyecto, cuando una voz saliendo de una barquilla, le dijo :

— Buenas noches, señor Antonio.

Al resplandor de la iluminación de la plaza el joven reconoció á uno de sus antiguos camaradas, llamado Pietro, el cual estaba sentado en la góndola con su sombrero engalanado con plumas y oropel, con una chupa guarnecida de cintas y un gran ramo de flores en la mano.

— Buenos días, Pietro, contestó Antonio. ¿A qué gran señor vas á conducir esta noche con ese lujoso traje?

— ¡Ah, ah! replicó Pietro, poniéndose de pie en su barca. Voy á ganar mis tres cequíes subiendo á la torre de San Marcos y volviendo á bajar de ella para ofrecer este ramo á la bella esposa del dux.

— ¿Y no se corre bastante peligro en esa ascension? preguntó Antonio.

— Nada mas que el de romperse el pescuezo. Además, hoy hay que pasar por entre los fuegos artificiales, y aunque el griego ha asegurado que todo está dispuesto de manera que no me quemaré ni un solo cabello, sin embargo...

Antonio entró en la barca, y notó que Pedro estaba junto á la máquina unida á la cuerda que se alzaba desde el mar, y que otras varias cuerdas, por medio de las cuales debia ser alzada alguna máquina, se perdían en los aires.

— Oye, Pedro, dijo Antonio despues de un momento de reflexion; ¿te acomodaria ganar hoy diez cequíes sin correr riesgo alguno?

— Sin duda, respondió Pedro sonriendo.

— Pues bien; toma estos diez cequíes. Dame tu vestido y déjame que te reemplace. Yo subiré á la torre de San Marcos; hazme ese favor, mi bueno y antiguo camarada.

Pedro meneó la cabeza con aire pensativo, y dijo pesando el oro en sus manos :

— Sois muy bueno, señor Antonio, en llamar á un pobre diablo como yo vuestro camarada y en tratarle con tanta generosidad. El dinero es una cosa muy agradable; pero entregar un ramillete á la esposa del dux y oír su voz encantadora, es tambien una felicidad por la cual se puede muy bien arriesgar la vida : en fin, puesto que sois vos quien me lo pide, acepto.

Ambos cambiaron entonces de traje, y Pedro exclamó :

— Subid pronto á la máquina; ya han dado la señal.

En aquel instante millares de relámpagos iluminaron las olas del golfo, y el árbol de fuego estallaba y resonaba como el trueno.

Antonio fué arrebatado en medio de chispeantes llamas, volvió á bajar despues hacia la galería y se detuvo ante la esposa del dux.

Esta se habia alzado de su asiento y dado un paso hacia delante. El sentía sobre sus mejillas el aliento de su amada; ofreciéndole su ramillete, y en el éxtasis de su felicidad le tomó ambas manos y se las cubrió de ardientes besos, repitiendo con acento apasionado el nombre de Anunciación.

